La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 9 de mayo de 1892 — Núm. 541



D. DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA, estatua en mármol de D. Venancio Vallmitjana

SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

Hace pocos años fueron Corot y Millet, hace pocos días Pelouse, al presente Rafet, los artistas á quienes la crítica parisiense, dispensó y dispensa los honores póstumos, reservados á las grandes celebridades. La prensa se deshizo en elogios cuando los paisajes de Corot se expusieron; elevó la nota encomiástica al exhibirse la obra del retirado de Barbizón – la Thebaida del Arte, como llaman enfáticamente nuestros vecinos á este lugar cuajado de hoteles, – siguió redoblando los aplausos á Pelouse, y en estos momentos empuña la legendaria trompeta para dar sendos puntos de atención á fin de que no pase inadvertido el nombre de Rafet.

Verdad y mentira en todo esto. Corot como Pelouse no necesitaban seguramente que sus compatriotas rebasaran los límites del elogio, entrándose por los trigos del reclamo. Ambos paisajistas tendrán un lugar evidenciado en la historia del arte moderno. Fueron personalísimos, pintaron obedeciendo únicamente á sus inclinaciones, á su sentimiento, á su amor por la Naturaleza. Si tuvieron antecesores en los cuales brilló esplendorosa la sinceridad, ellos también pintaron sinceramente, y Pelouse alcanza al idealismo místico pintando el paisaje. Algunos de sus cuadros, más que por la traza, más que por el motivo, valen por el sentimiento de delicada sensibilidad con que está visto y observado el conjunto armónico del paisaje; siéntese frente á su lienzo *Valle de Cernay* la impresión que causaría la contemplación del valle mismo en la hora precisa por el pintor escogida para realizar su obra y visto á través de un temperamento y de una organización estética sublimes.

Son, pues, Corot y Polouse dos artistas en los cuales la personalidad se manifiesta vigorosamente y llena de un originalismo innegable. No así Millet, pese á todos cuantos miran en el contristado autor de *El angelus* y de *Mujer haciendo manteca* uno de los iniciadores de la pintura de costumbres rurales. El valor de la obra de Millet está en relación directa de la escasa influencia ejercida por ella en el desarrollo de la pintura moderna. Cuando Robert-Fleury y demás artistas franceses é ingleses pintaban tipos y escenas de la vida en los campos, el entusiasmo despertado por la nueva escuela, mejor dicho, por el nuevo género, dió lugar á que los tenedores de cuadros de Millet iniciasen una campaña puramente comercial, de la cual fué principalísimo agente el célebre Wolf. Este crítico, cuyo talento innegable ponía siempre á disposición de cuanto pudiera tener visos de éxito, conocedor de París y del carácter parisiense, hubo de empeñarse en la tarea de llamar la atención de los *amateurs* y del mundo artístico sobre la obra del solitario y obscuro artista, recabando para él lo que Planche, Gauthier ni Baudelaire habían pensado en recabar, esto es, el título de iniciador de la escuela *ruraliste*.

En trabajo próximo á ver la luz pública pruebo cómo es pura fantasía, reclamo tal afirmación del muerto Wolf. En un extremo estuvo en lo cierto el colaborador de *Le Figaro*, adjudicando á Millet, si no de un modo claro y terminante, por lo menos de soslayo, el calificativo de místico. He aquí por lo que brilla, aun cuando pálidamente, la obra del citado pintor. Las amarguras pasadas cuando empeñado en la pintura histórica y bíblica, en cuya pintura fracasó siempre; después la forzosa retirada á Barbizón, adonde fué á esconder su pobreza; el recuerdo de los triunfos de Constable y otros, alcanzados en ruda batalla, y por último, el íntimo trato con la Naturaleza, determinaron en Millet el exquisitismo de sentimiento que resplandece en todos sus cuadros. Tan dulcemente melancólica es la característica de su obra, que parece de mano femenina. Algodonoso el dibujo, seco de color, tan sólo por la condición apuntada más arriba pudo el crítico alemán salir airoso de la empresa que se había propuesto, de elevar á la categoría de genio á quien no fuera más que un bucólico sentimental.

Y sabemos todos cómo lograron su objeto los marchantes de los cuadros de Millet, tan admirablemente secundados por Wolf. *El angelus* fué vendido en la enorme suma de dos millones de francos: cifra no alcanzada por Breton, ni por Lepage, artistas mucho más personales y más completos que el compañero del socialista Courbet. Hoy se hizo la reacción. En recientes ventas verificadas en Nueva York y París, la pintura de Millet descendió hasta ponerse al nivel de los precios fijados á las obras de las medianías.

Al presente, con el mismo procedimiento del reclamo, se pretende elevar á genio al difunto Rafet, y por lo tanto á geniales sus lienzos, que ascienden á más de doscientos cincuenta.

Dice un crítico inglés (quien desde las columnas de *The Times* puso de oro y azul á varios grandes artistas españoles recientemente laureados en Alemania) que la producción artística, si ha de ajustarse á las exigencias de la cultura moderna y responder á las necesidades del espíritu, más que hermoso entretenimiento y satisfacción del que pinta, esculpe ó escribe, es martirio, batalla ruda y sin tregua, sostenida á costa del sistema nervioso; indicando así la imposibilidad de producir número grande de obras que merezcan ser tenidas en cuenta. De las cuatro quintas partes de las de Rafet puede afirmarse lo que con tan clara y precisa frase dice el aludido crítico. Rafet pintó mucho, y su pintura se resiente de un modo grande de dos defectos capitalísimos: de *manera* y de falta de observación y sentimiento del natural. Admíranle sus paisanos por la facilidad del toque, por el manejo del pincel. No pueden admirarle por otra cosa. No todos los elegidos llegan, y el artista del cual me ocupo en estas líneas no llegó. ¿Por qué? Sus mismos admiradores nos dan la clave: por razones financieras.

Al llegar á este punto, viéneseme á los de la pluma el deseo de hacer una afirmación. Hoy, ningún genio, si alcanza la plenitud del desarrollo de sus facultades, se muere de hambre. Pudo suceder esto, como nos lo demuestra la historia, en otros tiempos. Hoy, repito, Alma-Tadema, Knaus, Meissonier, Fortuny, Zola, Sardou, Daudet, Jorge Elliot, Galdós y veinte más prueban lo contrario. Y no se me arguya con que tal ó cual pintor, escultor, poeta, novelista, hombre de ciencia, apenas si tiene lo suficiente para su sustento. En mi viaje por América supe como á ilustre personalidad, española precisamente, una sola velada en un teatro de Méjico le había valido *mil onzas* en oro. Nuestro Fernández y González, de feliz memoria, ganó durante algunos años capital suficiente para que le produjese una renta del doble de la cesantía de un ministro. Todos sabemos cómo murieron él y su esposa. Por lo tanto, el registro sentimental á que recurre la prensa parisiense con el objeto de elevar una estatua (nada menos) á su Rafet, es recurso gastado del todo ya. ¿Valió Rafet? Contesten por mí los artistas. Apuesto doble contra sencillo á que la cuarta parte de los españoles no oyeron jamás el nombre de aquel pintor; en cambio se saben de memoria los de muchas medianías que en Francia, Italia, Inglaterra y Alemania cultivan el arte.

Es verdad que el tiempo, muy mal agradador de Segismundos, se encargará de poner en su verdadero lugar á todos estos grandes hombres, que el mercantilismo hoy trata de ensalzar con gran perjuicio de las ideas y seriedad artísticas. Puede argüirseme que es momentánea la preponderancia ó influencia de esas personalidades de tal modo sacadas á la pública admiración; pero no por eso dejan de ser deplorables los efectos causados en una parte no pequeña del gusto. En España atestiguan bastantes pintores, imitando á Millet y Courbet, cuán fácilmente se ofuscan las inteligencias con el resplandor de las bengalas que iluminan, siquiera dure aquél lo que la luz del relámpago, esas figuras.

* * *

A verdades y mentiras, revueltas unas con otras, dichas y sostenidas en nuestros centros artísticos, dió lugar la celebérrima cuestión del frontón para la nueva Biblioteca (1). Nunca se debatió con tanto calor, en esta tierra clásica de la indiferencia, ningún problema de arte. Pláceme consignarlo, pues de las discusiones sostenidas, bien en el seno de la Academia de Bellas Artes, ya en el Círculo de Bellas Artes, ya en cafés, teatros y estudios, ya desde las columnas de los principales periódicos de la corte, hemos deducido algunas consecuencias dignas de tenerse muy en cuenta para el conocimiento de ideas y personas, consideradas estas últimas como guardadoras del alto sentido artístico-nacional.

Se discutió (y todavía se discute) un punto esencial: la definición de la palabra *modernismo*, que además de ser exótica no dice nada; palabra esgrimida como argumento por la Academia de San Fernando para combatir aquella parte de la crítica que defendía el proyecto del escultor Querol. Pero lo más estupendo del caso es, que cuantos atacaban las doctrinales ranciedades académicas lo hacían (y hacen) en nombre del *modernismo*.

Cierto que algunos de los contendientes aceptaron la palabreja gala momentáneamente, mientras la otra Academia, la de la Lengua, no se tome el trabajo (Valbuena me lo perdone) de buscarnos una castiza que signifique ó indique algo concreto; pero mientras los inmortales de la calle de Valverde no nos saquen del atolladero, lo de *modernismo*...

¡Cuántas herejías se estampan por causa del vocablo en cuestión! Quien achaca al *modernismo* todas las aberraciones y exaltaciones del arte naturalista; quien le tilda de anárquico y demoledor de las doctrinas de Fidias y Alcamenes; quien mira en la palabrilla una bomba socialista ó anarquista, arrojada al campo de las doctrinas que rumian pacientemente inteligencias pasmadas; quien cree adivinar tras de las diez letras todo un tratado de novísima estética; quien, subiéndose al trípode, como la Sibila de Cumas, dice al orbe entero (sin descontar ni un solo cafre) que *modernismo* es sinónimo de estupidez, ó cuando más, algo que significa oposición al arte que inspiró á Virgilio la *Eneida*.

Yo tengo para mí cómo ninguno de cuantos se ocuparon de definir lo que *modernismo* pueda significar está en lo cierto. Creo que con la tal voz se pretende una síntesis de cuanto en el campo de las ideas estéticas, de los estudios históricos y de la filosofía, en aquella parte que atañe al arte, ha podido rectificar la inteligencia humana en estos últimos años, ciñéndose á la observación de hechos y de evoluciones. Pretender, pues, darle un significado de demagogia ó de iniciación de teorías estupendas y novadoras, fuera de ciertos inconmovibles principios, es tanto como probar un absoluto desconocimiento de lo que el arte es, fué y será.

Cierto que algunos infelices, poseídos del demonio de la vanidad, se creen tan aptos para ponerle las peras á cuarto á la Academia de la Historia, como para tratar de crítica artística, y lanzan con toda la prosopopeya de que son capaces los rayos de su importante y autorizada cólera sobre míseros que, como yo, así se ríen de sus disquisiciones artísticas, como de sus anatemas respecto de la manía celta.

Y aquí concluye este artículo, el celta

R. Balsa de la Vega

1.° de Mayo de 1892.

(1) Véase el grabado publicado en la pág. 281 del número anterior.

LA GRAN GUERRA DE 1892

UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

INTRIGA DE LOS FRANCESES EN EGIPTO

LEVANTAMIENTO DE LOS MAHADISTAS

(De nuestro corresponsal particular)

Cairo, 13 *mayo*

La situación anómala de las complicadas colonias europeas en Egipto, producida desde que se han roto las hostilidades, no tiene tal vez paralelo en la historia, y el carácter irregular de nuestras comunicaciones con Europa no tiende, por otra parte, á disminuir la tirantez de la situación en este país. Desde que se cortaron los cables, lo cual se hizo, según creo, algún tiempo antes de que Francia declarase la guerra á Inglaterra, no hemos podido adquirir más noticias que los informes precipitados é incompletos que llegaban á manos de Sir Evelin Baring por conducto de los comandantes de los buques de la escuadra que debían tocar en Alejandría algunas veces. Durante doce días no se recibió correo de Inglaterra, y los diarios italianos aquí llegados no daban apenas noticia más reciente que la del próximo envío de un cuerpo de ejército italiano á Bocche di Cattaro. He pasado algún tiempo en mis viajes entre el Cairo, Alejandría y Puerto Saíd, con la esperanza de recoger noticias, pero sin conseguir obtenerlas. Por espacio de tres semanas no hemos tenido tráfico con Europa, y aunque el golfo de Suez se halla atestado de buques de diversas nacionalidades, sus capitanes que no están por arriesgarse ahora en el Mediterráneo, saben menos aún que nosotros sobre lo que se hace allende el canal. Aunque no tenemos noticias del exterior, nuestras propias perturbaciones nos dan bastante que hacer. La población europea del Cairo se compone principalmente de alemanes, italianos, griegos, ingleses y franceses, agregándose á las filas de estos últimos los coptos, armenios, levantinos y otros partidarios de su causa, por lo cual su número excede al de todas las demás nacionalidades, debiendo notarse que, con muy pocas excepciones, esos agregados no son representantes muy apreciables de la nación francesa. Conservar la paz y el orden entre esos pueblos tan excitables, cuyos compatricitas se están acuchillando ahora mutuamente en su país, no es fácil tarea, y á pesar de las precauciones adoptadas, á veces no basta la diplomacia para conservar la tranquilidad, por más que preste su apoyo la gendarmería del general Baker Bajá. Al circular el primer rumor de guerra, Sir Evelin Baring y sus colegas, apreciando justamente los peligros de la situación, formaron con algunos ciudadanos principales un Comité internacional de Paz, conviniendo en adoptar varias disposiciones para conservar la tranquilidad. La primera de ellas (y los siguientes acontecimientos demostraron su necesidad) consistió en prohibir generalmente, así á los árabes como á los europeos, el uso de armas de toda especie (incluso bastones ó paraguas) en las calles del Cairo ó de Alejandría. En 1882, durante el tiempo que transcurrió desde el levantamiento de los árabes (11 junio) hasta el bombardeo (11 julio), una probibición análoga fué muy útil en Alejandría; mas ahora, á pesar de haberse puesto en vigor rigurosamente, han ocurrido ya varios conflictos sangrientos entre franceses é italianos. Me es forzoso decir que el nuevo cónsul general francés no ha prestado su auxilio al Comité de Paz, y que más bien ha tratado de inutilizar sus medidas, frustrando sus planes. Un diario francés muy bien escrito, *La Dernière Nouvelle*, que se publica desde el principio de la guerra, y el cual da diariamente maravillosos informes sobre las derrotas sufridas por alemanes, ingleses é italianos, se confecciona entre las cuatro paredes de la legación francesa, pues fuera de esta última no hay aquí franceses capaces de hacer un diario tan bien escrito ni que tanto deba á la imaginación de sus editores, sobre todo respecto á las noticias. La verdad es que si nosotros sabemos poco sobre los asuntos de Europa, los demás se hallan en el mismo caso. No obstante, la arrogancia y agresiva actitud de la colonia francesa y del cónsul general, los artículos de *La Dernière Nouvelle*, los alardes de una turba de franceses turbulentos, que por la noche cantan delante del hotel Shepheard y de la Legación Británica «Mambrú se va del Cairo y ya no volverá,» con otras versiones de antiguas coplas, adaptadas á la situación del momento, y el hecho de haberse roto algunas cabezas de ingleses é italianos en obscuras calles y ruidosas tabernas, son todos incidentes de poca importancia y muy triviales en comparación con los rumores de serios conflictos, que nos llegan de la frontera meridional. Las noticias que se reciben de las avanzadas del Nilo son graves.

El califa Abdullah Faishi y el emir Osmán Khalid Zogal, que manda en Dongola, han mantenido largo tiempo comunicación con el Cairo; y á decir verdad, desde que Francia nos declaró la guerra, ó más bien, desde hace años, se ha sabido en círculos bien informados que los principales hombres de la colonia francesa han estado en continua correspondencia, aunque no regular, gracias á la vigilancia del general Greefell, con los oficiales del califa. Así, pues, no hay duda que éste ha tenido conocimiento de la retirada de las tropas inglesas de Egipto y de su reemplazo por los regimientos indios. Probablemente le han asegurado también que, gracias al conflicto general en Europa, Egipto no puede esperar en ningún caso más refuerzos de Inglaterra, y por otra parte tiene muy pobre idea respecto al valor de los indios como soldados. Sabe que las únicas operaciones en que estas tropas tomaron parte fueron las de Suakim (batallas de Mac Neil Zareba y de Hasheen); y Osmán Digma dijo al Mahdi en los partes que le escribió en 1885 que aquellos encuentros habían sido otras tantas victorias para los ansares. En su consecuencia el califa considera, no sin razón, que el momento es oportuno para hacer una incursión en



La gran guerra de 1892. – Ataque de los sudaneses á una partida de exploradores

Egipto con numerosas fuerzas, y con este objeto hace preparativos en gran escala. El coronel Wodehouse, que está en Wady Halfa, anuncia la existencia en Gimnis de un nuevo campamento mahdista, formado el mes último, y que ahora cuenta con seis mil ó siete mil tokuls, y por la parte del Oeste se organiza otro más pequeño en Dal. Los árabes practican reconocimientos hasta Sarras y el fuerte de Khor Moussa, contra el cual hacen fuego por la noche. Saheh Bey, jefe de la tribu de Ababdeh, cuyo deber es vigilar el desierto oriental entre Korosco y las cisternas de Murat, ha enviado á decir que la semana última, habiendo recibido noticia de que se hacían preparativos para emprender un movimiento en Abu Hammid, ocupó Murat con una partida de doscientos cincuenta hombres. Fué atacado en la noche del 19 de mayo por una fuerza de caballería y hombres montados en camellos, y después de un reñido combate, en el que perdió cincuenta y siete hombres, hubo de abandonar la posición al enemigo, retirándose á Bab-el-Korosko. Dice que las cisternas de Murat no darán agua para quinientos hombres más de tres días, y que por lo tanto teme que el enemigo avance sobre Ongat y Haimur. Una escasa partida de kababishes, resto de aquella poderosa tribu que, si bien estuvo algún tiempo con el enemigo, se conserva todavía leal, ha llegado á Halfa desde Dongola, donde, según dicen, se hacen grandes preparativos para avanzar. Reducidos destacamentos de jehadiches y numerosos cuerpos de ansares llegan á Dongola desde Ondurman, y se reunen muchas provisiones, asegurándose que tres barcas cargadas de víveres naufragaron el mes pasado cerca de las rocas de Barkhal. Algunos pusieron en duda la noticia, pero es cierta, é indica la temprana crecida del Nilo, pues en la presente estación, por regla general, toda la extensión de 140 millas de río, que media desde Abú Hammid á Barkhal, se reduce á un verdadero laberinto de pasos pedregosos, infranqueables hasta para los más pequeños botes. La citada tribu viajó por la orilla del Oeste, y dijo que el camino desde Dongola á Dal se parecía á los que conducen á una feria. El Sirdar marcha esta noche y me permite acompañarle. El coronel Kitchener manifiesta entera confianza de que sus tropas son suficientes para batir cuantas fuerzas pueda oponerle el enemigo; pero algunos abrigan cierta inquietud, particularmente por el hecho de que las tropas que se hallan en Halfa y Korosco han sufrido mucho por efecto de la influenza. A causa de esto se ha convenido en que el regimiento 17.° de infantería de Bengala y el 29.° de beloeches se pongan á las órdenes del citado jefe, cooperando fuerzas egipcias si necesario fuese. Hace cuatro días que estas tropas marcharon á Assiout por el camino de hierro, y ya han salido de este último punto, habiéndose encargado Mr. Cook de su transporte en falúas de fondo plano, impulsadas por máquinas de vapor de cuatro caballos de fuerza. Probablemente enviaré mi próxima carta desde Wady Halfa.

REÑIDA BATALLA CERCA DE WADY HALFA

DETALLES DE LA LUCHA

Wady Halfa, 10 *junio*

El regimiento 17.° de Bengala llegó aquí anoche en cuatro falúas de vapor; no ha ocurrido accidente alguno durante su viaje de seis días, y acaba de acampar en la orilla Oeste de Halfa. Los beloeches, uno de cuyos barcos embarrancó cerca de Derr, sufriendo por esta causa un retraso, no llegarán probablemente hasta mañana. No sabemos con certeza cuál será el plan de ataque de los árabes. El estado del río entre Sarras y Semneh ha impedido hacer uso de la pinaza armada para practicar reconocimientos, y alguna fuerza egipcia montada en camellos ha avanzado por la orilla Oeste hasta muy pocas millas de Dal; su jefe no ha podido averiguar gran cosa sobre los movimientos del enemigo. Parece probable, sin embargo, que el emir atacará por la orilla del Oeste; pero no hay suficiente indicación respecto al punto por donde trata de efectuarlo, que sin duda debe hallarse entre Sarras y Korosko.

El jeque Mustafá Gibrau, que ocupa con ciento cincuenta hombres el oasis de Selima en el desierto occidental, á unas sesenta millas de Dal por el interior, participa que, exceptuando una partida de cincuenta hombres, ó poco menos, llegados á Selima á principios de la semana última, al parecer en busca de sal, no ha sido molestado por nadie. En la orilla oriental se hizo una tentativa, tres días hace, para practicar un reconocimiento en el Batn-el-Hagar, que flanquea el río entre Sarras y las cisternas de Ambigol, formando una barrera casi infranqueable para las tropas; pero la empresa fracasó por completo. Fortuna fué que no quedase aniquilada toda la partida, pues detrás de las rocas se ocultaba una multitud de árabes, que se lanzaron al ataque por todos lados. Felizmente, dejáronse ver demasiado pronto, y el capitan Beech pudo retirarse en buen orden, aunque con pérdida de cuatro hombres. Esperamos averiguar dentro de pocos días cuál es el plan de los emires.

Wady Halfa, 15 *junio (á las 6 de la mañana)*

Ayer se libró un combate decisivo cerca de este punto; la lucha se prolongó por espacio de cinco horas, siendo á veces desesperada y dudoso el resultado; pero al fin se volvió á rechazar hasta el desierto la invasión. Los árabes intentaban una sorpresa; pero su plan se frustró por uno de esos simples incidentes que á veces dan al traste con los mejor combinados cálculos de los jefes.

Sin hacer mención de Asuán y Korosko, nuestras fuerzas en Wady Halfa y los alrededores, incluso la ambulancia, asistentes, etc., ascendía á unos 6.500 hombres entre oficiales y soldados, sin contar las tripulaciones de las cañoneras ni el regimiento indio, que aún estaba en marcha por el Nilo.

Anteayer á primera hora, el capitán Beech, seguido de alguna fuerza montada en camellos, avanzó por la orilla del Oeste hasta hallarse á 200 varas de Dal, sin encontrar al enemigo. Según manifestó después, los defensores de este punto le habían abandonado, sin duda para trasladarse á la orilla oriental, y solamente le ocupaban algunos miles de mujeres y unos pocos hombres, que huyeron presurosos al acercarse nuestras fuerzas. En la misma tarde, el coronel que mandaba en Korosco envió un telegrama anunciando que el enemigo había atacado á las fuerzas irregulares situadas en Bab-el-Koros, en cuyo auxilio iba ya el quinto batallón de infantería egipcia.

Con esta noticia coincidió la aparición de considerables fuerzas árabes en las colinas situadas al Este de Halfa. Un reducido destacamento de caballería, al mando del teniente Abd-el-Azrak, practicaba un reconocimiento al pie de las colinas, cuando de pronto divisó en la altura dos hombres montados en camellos, y al mismo tiempo resonó un tiro. Esto podía ser un accidente, pero se consideró como una señal, pues acto continuo vióse salir de entre las rocas, por todas partes, una considerable multitud de árabes que profiriendo desaforados gritos rompieron un vivo fuego contra los egipcios, mientras que unos ciento de sus compañeros corrían por un tortuoso sendero en dirección á la llanura. El teniente Abd-el-Azrak, á quien mataron el caballo á la primera descarga, hiriendo á su asistente, retrocedió para volver á Halfa, sin que se le persiguiera. En este punto se sospechaba ya lo que había pasado por haberse oído el rumor de las descargas.

El Sirdar adoptó acto continuo medidas para rechazar el inminente ataque, comunicándose la noticia por teléfono á Deberra. El séptimo batallón de caballería egipcia marchó á Dabrosa para reforzar la escasa fuerza que había allí; se avisó á Sarras para que se tuviesen prontas dos máquinas de vapor, disponiéndose que el batallón 11.° sudanés se preparase para marchar en caso necesario. Al mismo tiempo se envió una máquina piloto, con medio escuadrón de caballería para examinar la línea. El enemigo no estaba al parecer dispuesto ya, y aunque hubiera tenido entonces una considerable ventaja sobre nosotros, retardó el ataque.

Durante toda la noche oímos tocar los *noggaras* (tambores de guerra) en el vivac árabe, y el aire era tan sereno, y tan pura la atmósfera, que hasta nosotros llegaba el rumor de las voces de los fikis, entonando sus oraciones.

Al rayar la aurora, el Sirdar practicó un reconocimiento con caballería, y halló la base de la primera serie de colinas, frente á Halfa, ocupada por el enemigo en la extensión de más de una milla, pero formado con irregularidad; detrás en las alturas, ondeaban las *rayas* (banderas), cuyo número calculamos en cerca de ciento, aunque, según vimos después, no había más que ochenta jinetes. Esto indicaba que teníamos entre nosotros una fuerza de cerca de 10.000 jehadiches (tropa regular) y probablemente unos 5.000 ansares.

Según nos dijo un desertor, una de aquellas *rayas* era la bandera verde de Ali-Wad-el-Helu, y otra que estaba próxima, la del emir de los emires, el mismo Abd-el-Maula-el-Taashi. En una altura inmediata á esta bandera, el enemigo había montado un cañón de cobre.

Bien despejada la orilla del Oeste, donde en el espacio de algunas millas no se veía señal de ninguna fuerza árabe, el regimiento de Bengala cruzó el río al amanecer en un bote de los indígenas, y media hora después llegó de Sarras el 11.° de sudaneses. Con estas fuerzas á su disposición, cuyo número sería de 4.000 hombres, el Sirdar resolvió provocar el ataque del enemigo.

Las colinas se hallan situadas á unas cuatro millas al Este de Halfa, y en cierta extensión se prolongan en línea paralela con la orilla del río; pero en el espacio de dos, desde las pendientes, el terreno es irregular, muy quebrado, y está todo él lleno de hoyos profundos y hondonadas, siendo por lo tanto muy favorable para la táctica favorita del enemigo, pero de todo punto impropio para las operaciones de las tropas. Desde la posición que acababa de tomar delante del terreno quebrado, el Sirdar dispuso que avanzasen dos cañones de la batería montada, que rompieron el fuego contra el enemigo á las seis y media de la mañana, y esto produjo el efecto deseado. Los árabes, después de haber tratado de replegarse con su cañón, cuyos disparos, á causa de la torpeza de los que le manejaban, eran inofensivos, formáronse en dos columnas, precedidas de una fila de guerrilleros, y avanzaron rápidamente. Entonces se retiraron nuestros cañones unos mil metros, y la fuerza montada, después de hacer dos descargas á cuatrocientas varas de los árabes, retiróse lentamente hacia la artillería. Esta maniobra se repitió dos veces con muy buen éxito; el bien dirigido fuego de los cañones ocasionaba destrozos en el enemigo, mientras que el de fusilería irritó á los árabes hasta el punto de hacerles perder la prudencia. Sus tiradores, apostados en las primeras pendientes de las colinas y esparcidos en el terreno quebrado, nos hicieron menos daño que al enemigo mismo; pero sus jefes no se fijaron al parecer en esta circunstancia.

Cuando la artillería montada hubo llegado á un punto que se halla á unos dos mil metros del fuerte en Halfa, el Sirdar mandó salir la primera brigada de infantería, compuesta del regimiento indio y del 12.° de sudaneses, juntamente con dos baterías de tres cañones cada una.

Después se mandó á la fuerza montada hacer un rodeo á fin de impedir que una parte del enemigo eludiese la batalla, avanzando sobre Deberra; mientras que la segunda brigada, compuesta del 11.° de sudaneses y del 7.° de infantería egipcia, recibió orden de adelantarse desde Dabrosa con objeto de impedir todo movimiento hacia el río en aquella dirección. Los cañones del fuerte Halfa prestaron buen servicio para apoyar á la primera brigada; pero desgraciadamente, la altura de las orillas del río inutilizaba las cañoneras hasta que el enemigo alcanzase la corriente.

Los árabes se batían por el agua: el largo rodeo que dieron por Batn-el-Hagar les sometió sin duda á una dura prueba, pues aunque seguramente habrían encontrado algunos manantiales en las colinas, no debieron ser suficientes para tan considerable fuerza. Cuando vieron la disposición de las tropas del Sirdar, no vacilaron un momento: una fuerza de 6.000 hombres, poco más ó menos, entre los cuales se contaban unos 2.000 tiradores, yendo los demás armados de lanzas ó espadas, precipitáronse contra la primera brigada, que al punto se formó en cuadro, con los cañones á unas doscientas varas á la izquierda de su retaguardia. Los árabes hicieron tres tentativas para romper el cuadro, pero no tenían ninguna protección en la llanura descubierta, y aunque en la segunda carga consiguieron atravesar un momento la línea en fuerza del número, medio batallón del 9.° de sudaneses, que estaba de reserva, pudo llenar el boquete, rechazando vigorosamente al enemigo. Este primer descalabro les aconsejó la prudencia; pero sin darse por vencidos, retiráronse inmediatamente á terreno bastante quebrado, desde donde hicieron durante algún tiempo un fuego incesante contra nuestras filas, á pesar de los esfuerzos que se ejecutaban para desalojarlos. Fué preciso cazar materialmente á los árabes desde un punto á otro, y temo que por esta causa sufriesen muchas pérdidas nuestras tropas, porque todas las ventajas eran del enemigo. Al fin, al cabo de tres horas de lucha desesperada, los árabes fueron á tomar posición detrás de la primera línea de colinas, y la brigada hizo contra ellos un fuego continuo; mientras que la artillería ametralló su posición con mucho efecto, según se vió después. Entretanto, un segundo cuerpo de árabes en dos columnas había avanzado hasta la orilla del río por el Norte de Dabrosa, alcanzando un punto que en el espacio de dos millas está lleno de palmeras y plantíos. Mientras que una parte de esta fuerza se dirigía al ataque contra la segunda brigada, que había avanzado rápidamente para salir al encuentro, la otra columna ganó una plantación, amparada en la cual hizo un nutrido fuego contra la segunda brigada y el pueblo de Dabrosa. Sin embargo, esta ventaja fué fugaz, pues la cañonera *Abu Klea* pudo apuntar su cañón convenientemente é hizo estragos en el ene-



SALÓN PARÉS. – 1. LA DIVINA PASTORA, cuadro de D. Alejandro de Riquer. – 2. DESCANSO, cuadro de D. José M. Tamburini. – 3. EL ORDENANZA, cuadro de D. Román Ribera
4. PESCADERA, cuadro de D. Rafael Senet

migo. Por otra parte el coronel Wodehouse, jefe de la segunda brigada, destacó un regimiento para que dirigiera su fuego contra la plantación de Sud á Nornte, lo cual bastó para que los miles de árabes que allí estaban huyesen apresuradamente á través de la llanura. La caballería se encargó de ahuyentarlos.

Era la una de la tarde y aún no podía decirse que habíamos ganado la jornada. Toda la llanura estaba sembrada de árabes muertos y heridos. Cuando las fuerzas del Sirdar ocuparon la primera línea de colinas, cogiéronse treinta estandartes de otros tantos emires que sin duda habrían perecido. Por la tarde llegaron desertores árabes para entregarse, y por ellos se supo que las fuerzas enemigas iban mandadas por el mismo Abd-el-Maula, y por el emir Ali-Wac-el-Helu, el emir Kalid Zogal (comandante de Dongala), y Wad Zubehr Bahama, hijo de Zubehr, que había escapado por la frontera el año anterior. Aún se ven esparcidos por la llanura muchos pertrechos de guerra y nada menos que veintinueve *noggaras*.

(Continuará)

SECCIÓN AMERICANA

BARRO, PLATA Y UNA FIESTA SERRANA

RECUERDOS DEL PERÚ

¿Quién no ha oído mentar alguna vez el famoso Cerro de Pasco, que como el Cerro de Potosí y los lavaderos de California ha tenido su época de esplendor?

A diferencia de California y de Potosí, que exprimieron el uno sus argentíferas entrañas y la otra su aurífero seno, el Cerro de Pasco sigue siendo la ubre repleta de rico jugo, ordeñado con tino, sin ansias desmedidas y sin que sus explotadores ambicionen otra cosa que el huevo diario puesto por la gallina fabulosa.

El Cerro de Pasco es un poblachón asentado á una altura de cinco mil metros sobre el nivel del mar, en donde la falta de adelantos materiales se suple con la cultura de una sociedad hospitalaria y bondadosa.

Es allí el clima crudo en demasía y ni por casualidad se ve una hierbecita en los campos, eternamente cubiertos de verdes terrones que alfombran las llanuras, terrones que los indios denominan *champa* y que les sirven después de arrancados y secos, ya para combustibles, ya para formar con ellos las miserables chozas que les albergan.

La población cerreña es heterogénea, predominando después del indio el elemento europeo, que acude siempre adonde el metal le llama con halagadoras promesas.

No todos sin embargo hacen fortuna.

Los medios empleados en el Pasco para la extracción de la plata son complejos y rudimentarios, pero los únicos que, según los inteligentes, pueden dar resultados satisfactorios.

Por esta causa queda reducida la importancia de Pasco á relativamente pequeña escala minera, si se tiene en cuenta la cantidad de barras de plata que se podían exportar variando ó perfeccionando el sistema hoy empleado y llevando á cabo los ferrocarriles transandinos, proyectados antes que el Perú quedase exhausto por la funesta contienda con su vecina la república chilena.

El sistema de fundición no ha dado resultados positivos á los mineros del Cerro de Pasco, pues siendo los minerales de mejor ley aquellos que más parecen tierra mezclada con piedrecillas que desprendimientos de una roca piritífera, se ha hecho imposible hasta el día otro sistema de *beneficio* que no sea el de la amalgamación.

Los hombres que vacían el estómago inmenso de las minas son todos indios; seres infelices que pasan la mayor parte de su existencia metidos en las profundidades de la tierra, sin salir á la superficie más que para percibir el jornal que gastan en compañía de la mujer amada, embriagándose con sus ardientes caricias y con el alcohol, que abrasa las paredes de sus estómagos.

El indio minero es el más ilota de cuantos hombres de su raza viven y se desarrollan en el suelo de los Incas.

En lucha constante con la obscuridad de los antros mortíferos en donde trabaja, pasa la existencia amarrado al yugo de su tiránico destino y condenado á proporcionar á los demás hombres el codiciado metal, eje de las pasiones y rueda catalina de la civilización y del progreso.

Las minas están bajo las casas de la población, y ya se ha dado el caso de venir al suelo un edificio por haber llegado á socavar sus cimientos los moradores de aquellas cavernas cuyas bocas infunden pavura al que por vez primera las contempla.

Las haciendas en donde el mineral se trabaja están situadas á dos ó más leguas de las minas, pues siendo el agua la fuerza motriz y entrando este líquido como materia indispensable para la extracción de la plata, precisa la abundancia de él como precisan los depósitos de líquido pluvial, consistentes en grandes lagunas que se llenan durante los seis meses de nieves y lluvias torrenciales para abastecer el trabajo en los otros seis meses de hielos y de fríos secos.

El minero acarrea el mineral con espuertas hasta la boca-mina: los llamados *chanquires* lo chanquean como nuestros peones camineros trituran los morrillos para hacer el guijo con que rellenan los baches de las carreteras, y después las grandes recuas de llamas (vehículos irreemplazables en las sierras de Bolivia y Perú) lo transportan en pequeños sacos á las haciendas de donde ha de salir la plata pura.

Vamos á dar una idea sucinta del modo empleado en el Cerro de Pasco para convertir la tierra y los pedruscos en codiciado metal de la mejor ley.

De cuantos experimentos se han hecho allí para beneficiar el mineral, ninguno ha dado resultado sino el tan añejo de la amalgamación, como antes he dicho: veamos, pues, cómo se practica ésta y por qué medios tan primitivos se llega á obtener lo que en mayor grado y con más facilidad se obtiene en otras regiones argentíferas.

Las haciendas pertenecientes á mineros acaudalados suelen tener «verticales» ó turbinas, que mueven á la vez unas cuantas piedras moledoras;pero los que no cuentan con recursos materiales para implantar maquinarias, se conforman con algunos *ingenios*, que así llaman al conjunto de muela, rodezno y cárcavo (*cárcamo* allá, por corruptela seguramente).

La rueda de granito, de bastante más espesor que las usadas en los molinos harineros, pero igual á éstas en un todo, está verticalmente sujeta al rodezno y á su alrededor gira, recorriendo el cárcavo con movimiento regular y acompasado, obediente á las leyes hidráulicas, empleadas como fuerza motriz.

De alimentar el cárcavo con mineral para que la muela no gire en balde se encarga un muchachuelo indio llamado el *chuchi*, y al lado de cada *ingenio* se ve tendida á la larga aquella pequeña máquina humana, complemento indispensable del rodezno y de la muela.

El agua baja al cárcavo por un arroyuelo artificial, y por otro más estrecho corre el mineral, convertido ya en líquido amarillo después de la trituración de la rueda.

Este segundo arroyo conduce las *aguas sucias* á un circo, cuyo suelo acondicionado para recibirla retiénelas entretanto no se reune la suficiente cantidad para comenzar las faenas de extracción.

Consisten las tales faenas en echar en el circo gran cantidad de sal ordinaria y negruzca, sal que producen en abundancia las inagotables salinas de San Blas, situadas entre la falda de la cordillera andina y la histórica laguna de Junin.

¡Bendita tierra que de todo tiene y todo lo produce con exceso!

Desde el momento que el *barro* está en disposición de ser mezclado con la sal, comienzan su trabajo los *repasires*, caballitos diminutos y vivísimos que por espacio de tres ó cuatro horas diarias *repasan* el circo durante algunos días en salvaje tropel y fustigados por el látigo de un indio que á guisa de director ecuestre maneja la fusta, subido en un *pouf* berroqueño levantado en medio del redondel.

Una vez que la sal hubo sazonado el *barro* vacían en el circo unos cuantos frascos de azogue de Almadén, que hasta allí va el rico producto de las minas que nuestro Gobierno explota, y de nuevo los *repasires* comienzan su tarea amalgamadora hasta que el mayordomo de la hacienda, jefe de trabajos y *beneficios*, da por suficientemente amalgamados los ingredientes.

Comienza seguidamente la limpieza del circo por medio de una suave corriente de agua que arrastra el barro por otro cauce más ancho que los anteriores, y este cauce, embaldosado y revestido en su mayor parte con pieles de carnero vueltas del revés, forma de trecho en trecho pequeños poros en donde la *pella* (plata y azogue) se posa, mientras las aguas turbias siguen su curso hasta perderse en un cercano riachuelo.

La pella se recoge con gran cuidado y los indios la conducen á una especie de tolva semejante á los antiguos coladores de café: fíltrase el mercurio por los poros de la manga y la plata queda en la tolva, de donde al sacarla se la modela de manera caseiforme, metiéndola después en el horno para que el fuego evapore los residuos mercuriales.

Al siguiente día salen del horno los quesos de plata pura, que pasan luego á la fundición para convertirse en las barras que todos conocemos siquiera sea de nombre y de las cuales desearía algunas docenas para mis lectores.

***

Celebrábase una gran fiesta para bautizar la «vertical» de la hacienda «Paria,» propiedad de mis bondadosos huéspedes los ricos mineros D. Andrés Lloveras y D. Miguel Gallo.

Había sido yo nombrada madrina del nuevo vástago industrial, en compañía de un distinguidísimo caballero de la población, el doctor D. Andrés Trujillo. Más de trescientas invitaciones hicieron circular los espléndidos anfitriones, y á las once de la mañana del día 22 de diciembre de 1880 salía la primera cabalgata, compuesta de veintitantas personas de ambos sexos, animadísimas y rebosando contento.

Dos leguas dista «Paria» de la población, dos leguas que aquel día nos parecieron cortísimas y que jamás habían sido recorridas con mayor alegría ni alboroto.

Llegamos de los primeros, y hasta las dos de la tarde aguardamos á los rezagados, que en distintos y animados grupos iban acudiendo y dando á la gran llanura verdosa que rodea la hacienda el aspecto más pintoresco que criatura alguna puede figurarse sin haberlo presenciado.

Señoras y señoritas con su elegante traje de montar, amazonas en briosos corceles y cubriendo sus cabezas con anchos y finísimos *guayaquiles* (jipijapas); caballeros arrogantemente ataviados con el traje de campo, compuesto de alta bota, *poncho* de vicuña y sombrero alón; caballos arrogantes, monturas valiosas, adornadas de plata las de hombre y bordadas con plata y oro sobre terciopelo de vivísimos colores las de señora; vida, luz, armonía, expansión, felicidad sin límites, entusiasmo acrecentado por los gritos de mil indios que participaban del contento general... todo, todo representa en el mundo de los recuerdos una vida entera, condensada en horas por mi mal harto fugaces.

Hacerse cargo, recoger frases, contestar galanterías sublimadas por la gracia y la finura de aquellos países, contener la imaginación ni estarse quietos... imposible: más allá de aquel hormiguero seductor no había nada, nada: allí estaba el cielo y allí se acababa la tierra.

La cerveza arroyaba ya y no había dado principio el *loonche* ni la ceremonia.

Comenzó ésta á las dos de la tarde, revistiéndose un sacerdote catalán, el reverendo padre Castañé; y el esbelto edificio bajo cuyo techo crujió funcionando la «vertical,» recibió las sacramentales palabras del bautismo con el primer nombre de pila de su madrina: la «vertical» *Agar* quedó bendecida á golpe de hisopazo, que no los escaseó por cierto el reverendo Castañé.

Los vítores, el entusiasmo y las felicitaciones fueron momentáneamente suspendidas para dar principio al abundantísimo *loonche*. Pavos, jamones, cochinillos, corderos asados, pollos, conservas de las mejores fábricas europeas; burdeos y champagne de las marcas más acreditadas y caras; cerveza inglesa, jerez, oporto; discursos floridos, votos por la prosperidad de los espléndidos mineros que nos obsequiaban, todo, todo se sucedió en medio de la franca alegría que reinaba en aquellos parajes tan solitarios ordinariamente.

Para dar á la fiesta el carácter de grandeza que tenía, para acumular en la apartada región en donde nos hallábamos tantas comodidades y tanto *confort*, se había hecho preciso larga preparación, mucho entusiasmo, muchísimos cientos de *soles* (duros) y *saber hacer*.

Todo sobraba á los dueños de «Paria,» y así salió ello.

Han pasado diez años: pasarán otras dos décadas, y los supervivientes recordarán aquel día, único en los fastos de la población minera. Como que se gastó más dinero en el bautizo de mi ahijada la «vertical» *Agar* del que se necesita para bautizar media docena de príncipes.

¡Y qué confusión de gentes! Ingleses, italianos, franceses, alemanes, peruanos, españoles y jankees: todos hablando y chapurrando el idioma de Castilla, todos brindando por la prosperidad del Perú y de España unidos, todos amigos, todos hermanos.

Quisieron que hablase la madrina. ¡Qué sarcasmo ¡Hablar yo, y sintiendo tanto!

No hubo remedio y hablé: ¿Pero qué dije? ¡Ya recuerdo! Hablé de los indios: pedí para ellos protec ción, mucha protección y mucho cariño. Supliqué á los hombres importantes que allí se reunían, ex diputados unos y muy influyentes todos en la política que no abandonasen aquella raza inteligente y noble en la cual se conservaba el distintivo de la generosi dad y de las bondades de Atahualpa: imploré civili zación para ellos: «escuelas, muchas escuelas,» dije y al concluir mi breve peroración, supe que los indio habían dejado sus fiestas para agolparse á escuchar me. Un *cholo* sirviente corriera la voz de que la ma drina hablaba de ellos, y les traducía al *quichua* mi frases, que unos á otros se iban repitiendo.

Salí del improvisado comedor para dirigirme e compañía de una amiga querida al balconcillo de l «vertical,» desde donde queríamos arrojar á los in dios gran cantidad de monedas que los anfitrione habían vaciado en nuestros *ropones* de montar, y m rodearon todos: los unos me besaban la falda; otro apenas me tocaban con la punta de sus dedos, qu llevaban luego á los labios.

Hablaban, hablaban mucho, hablaban con expre sión cariñosa, pero yo no los entendía. Mi gent compañera, la que en esta y en otras situaciones m sirvió de intérprete durante mi estancia en la sier del Perú, iba traduciéndome las frases de amor qu me prodigaban.



una tela de abanico, por Pablo Schulze Naumburg

– Niñita, hija del *tata*, Dios, decían, no te olvidaremos nunca, angelito, amor nuestro...

Las que más se apuraban y desgañitaban eran las mujeres, que exceden á los hombres con mucho en expresivas dulzuras.

Subimos mi amiga Virginia Ortiz de Villate y yo á la «vertical» y comenzamos á sembrar reales de níquel: se acabaron con esto las melosidades y las frases cariñosas.

Dió entonces principio la entretenida y furiosa rebatiña: revolcábanse en pelotones informes, rodando unos, á puñetazo limpio otros; y chillando todos como diablos sueltos, se disputaban el dinero que á manos llenas les arrojábamos.

Después de pasar un día que necesariamente debía formar época entre los felices invitados, emprendimos el regreso, unos primero y otros después, formando pelotones que se extendían diseminándose en las dos leguas de ancha carretera que nos separaba de la población. En aquellos momentos comenzó á caer sobre nosotros una tan espesa nevada, que se hacía preciso sacudir *ponchos*, *ropones* y sombreros cada poco tiempo, por no poder resistir el peso de la nieve.

Cualquiera pensará que salimos escapados á galope tendido, y que rabiábamos por vernos en casa acariciados por la chimenea.

¡Que si quieres!

Los caballeros se habían provisto cada cual de una botella que guardaron en los bolsillos de las monturas, para seguir las costumbres de la sierra cuando se va en alegre cabalgata.

Yo no estaba todavía al tanto de semejantes usos.

Como á un cuarto de legua de la hacienda hizo alto un caballero, gritando: *Caipin cruz* (una crucecita): los jinetes refrenaron sus caballos y la más linda señorita cantó una copla de *yaravi* indio, triste y quejumbrosa, como un suspiro de enamorado sin esperanza.

Una vez la hubo cantado, rodó la botella del que primero se había detenido, y después de apurarla emprendimos de nuevo la marcha. La nieve caía tan espesa que apenas podíamos vernos á dos pasos de distancia; los caballos piafaban con impaciencia por emprender veloz carrera y sacudían la cabeza creyendo espantar con las orejas los copos blancos que les molestaban. Pero nosotros ni teníamos ganas de galopar, ni podíamos á causa del miedo á la *veta*.

La *veta* es allí lo que la *puna* en Chile y el *soroche* en el alto Perú; es el ahogo que por la rarefacción del aire de las alturas ataca tanto á los animales como á las personas.

Si á un caballo se le obligase á subir cuestas corriendo, puede tenerse la seguridad de que caería *envetado*. Aquel día murieron rápidamente de *veta* dos hermosos brutos, uno de ellos de mucho valor.

Así es que el miedo á *envetarnos* por un lado y las pocas ganas que teníamos de llegar á casa por otro, hacían que menudeasen los *caipin cruz* con gran contento de la carabana.

Mas como todo llega, llegó nuestro pelotón á la entrada del pueblo: allí las palabras sacramentales fueron otras. *Fatan cruz* (la gran cruz), dijo una voz más robusta que las anteriores, y con la *gran cruz*, equivalente á decir la última, resultó la parada más larga porque cada señorita cantó su copla y fué necesario libar de todas las botellas que aún conservaban líquido.

Habíamos salido casi de noche de «Paria:» júzguese por consiguiente qué hora sería.

Nadie había pensado en la dificultad de entrar en la población, toda vez que por aquella parte se hacía preciso pasar los desmontes horrorosos de las minas y las bocas de éstas menudeaban presentando un aspecto imponente en pleno sol, cuanto más á ta-

la favorita, copia directa de un dibujo de D. Antonio Fabrés



CAFÉ ÁRABE REPRESENTADO DURANTE EL ULTIMO CARNAVAL POR LO TISTAS ESPAÑOLES EN EL «CÍRCULO ARTÍSTICO INTERNACIONAL» DE ROMA

Reproducción fototípica de una p á la aguada de D. Mariano Barbasán

les horas y con el camino completamente cegado por la nieve.

El Sr. Lloveras, que á fuer de más formal y de papá grave de la patrulla que le venía recomendada, no cesaba en el cuidado de su revoltoso escuadrón, se impuso á nosotros para obligarnos á detenernos antes de entrar en el peligrosísimo sendero que no veíamos porque todo nos parecía llano, gracias á la blancura del suelo.

Mi caballo, un hermoso tordillo padre, que yo montaba aquel día por vez primera después de once meses que no se le ensillaba, era la pesadilla de mis compañeros; creían verme en el suelo cada cinco minutos: para montar había sido necesario rodearlo de camaradas y aprovechar un descuido; para desmontar, aislarlo y descender de un salto. Podía ser una temeridad servirse de un caballo semisalvaje en aquel día; pero habían picado mi amor propio de amazona española, y yo creía que por patriotismo estaba en el deber de dejarme estrellar.

¡Oh juventud! ¡Benditos sean tus alocados arranques!

La preocupación de mis compañeros fuí yo por consiguiente: mi tordillo, que no había dejado de tascar el freno bailando y pegando brincos, no querría avenirse á entrar en vereda dado el caso que ésta se encontrase y que un guía practicón y conocedor del terreno, palmo por palmo, nos condujese con felicidad.

En aquella hondonada infernal, donde tantas veces habíamos contemplado las negras cavernas plutónicas, parecíanos distinguir el desconsolador *lasciate ogni speranza.*

Pero yo me resistí: no quise apearme ni menos cambiar de cabalgadura: jamás me hubiera perdonado semejante cobardía hípica.

¡Si me parecía que la honra de España pendía del gancho de mi montura!

Después de oir distintos pareceres ofrecióse á guiarnos un valiente capitán de ejército montado, á pesar de no ser el más á propósito para el desempeño porque no conocía el camino: un indio minero nos hubiera venido de perlas. El capitán insistió arrogantemente y tomó la delantera.

Le seguimos en fila, silenciosos, tiritando de frío y de miedo, respirando apenas y reconcentrando la vida en las manos de nuestras respectivas *bestias,* como allí se dice.

De repente un grito sonó en la cabecera de la cabalgata, luego otro y otro fueron recorriendo ésta: el capitán acababa de rodar revuelto con su caballo. Hicimos alto, gritando las señoras y queriendo apearse los caballeros.

—¡Adelante!, adelante!, gritó el capitán desde el fondo de un barranco: estoy bien; sigan ustedes; ya voy.

Nos parecía mentira que pudiese salir, pero nos tranquilizamos oyéndole hablar con tanta entereza y asegurarnos que no estaba herido.

Salimos del precipicio, ni sé cómo ni por dónde: llegamos á casa, y antes de echar pie á tierra ordenó el Sr. Lloveras que fuesen indios con faroles encendidos para guiar á los jinetes que venían detrás y á sacar al capitán de donde por milagro había quedado con vida; pero éste que, como su rocinante oficial, estaba ileso, presentósenos en el momento, sorprendiéndonos agradablemente.

Tanta era la nieve que llevábamos encima, que al bajarme del caballo me fué preciso dejar el *ropón,* el *poncho* y el sombrero en la puerta de la calle: tan espesa y húmeda capa blanca nos envolvía.

Digno y extraordinario remate de aquel día, excepcional en la historia de una viajera.

EVA CANEL

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — El eminente pianista y compositor Rubinstein ha terminado una nueva ópera en ocho cuadros, titulada *Moisés,* que por su mucha duración habrá de representarse en dos noches.

— En la Exposición anual de la Asociación de artistas de Viena, recientemente inaugurada, figuran 1.200 obras: entre las de pintores extranjeros sobresalen las de Andrés y Osvaldo Achenbach, Kaulbach, Lenbach, Defregger, Rober, Fernando Keller, Gabriel Max, Otón Friedrich, Haug, Hocker, Dagnan, Reid, Boldini, Tissot y otros. De los pintores vieneses merecen especial mención Payer, Pochwalski, Froschl, Pausinger, L'Allemand, Schindler y Rodolfo Alt. En la sección de esculturas se admiran trabajos de Brenek (Viena), Myslbek (Praga), Lanú (París), Hildebrand (Florencia), Schott (Berlín), etc., etc.

— Juan Strauss está componiendo la música de una nueva opereta, letra de Hugo Wittmann y Julio Bauer, que se titula *La princesa Ninetta.*

— En el palacio de las Artes liberales del Campo de Marte, de París, se está celebrando la quinta exposición de *blanco y negro:* el catálogo contiene más de 3.300 obras, entre las cuales hay algunos pasteles, acuarelas y pinturas. Sobresalen en ella unos excelentes croquis de Renouard, fantasías humorísticas de Guillaume, acuarelas de Allongé, pasteles de Iwill, dibujos á la pluma de Guillon, composiciones de Le Mains para el *Salvador* de Pedro Mael, las de Chalou para una edición de Rabelais, estudios de Burnana y Deyrolle, croquis de Garat, flores de las señoritas Gerderes, Bernamont, y Chavagnat, acuareles de Mme. Mornard y otras diversas de Vanorey, Pescador Saldana, Rossert, Blayn, Nozal, Vaysou, Detaille y otros.

— En Atenas se ha descubierto un artístico mosaico en forma de paralelogramo de 8 metros de largo por 5'10 de alto; en el centro hay un cuadrado de cerca de 3 metros de lado y dentro de él un medallón con una hermosa cabeza de Medusa alada y rodeada de serpientes, tan admirablemente ejecutada que á cierta distancia parece una pintura. Probablemente será colocado en el Museo Nacional.

Teatros. — En el teatro Nuevo, de París, se ha estrenado una fantasía en cinco actos y quince cuadros de Cátulo Mendes y Jorge Courteline, titulada *Las alegres comadres de París;* es una sátira de las costumbres parisienses en forma de revista.

— La ópera *Hertha,* de Francisco Curti, ha sido muy bien acogida por el público en Riga, en cuyo teatro de la Ciudad se ha estrenado.

— En el teatro de la Corte, de Dresde, ha alcanzado un éxito ruidosísimo una ópera de Félix Draseke, titulada *Herrat,* cuya música, sin amoldarse á las antiguas formas, tampoco se ajusta estrictamente á las teorías wagnerianas; es más bien orquestral, es decir, sinfónica, que vocal; pero tan grandiosamente concebida, tan apasionada, que produce impresión profunda.

Barcelona.—Una nueva producción del fecundo dramaturgo catalán D. Federico Soler se ha estrenado en el teatro Romea: titúlase *Barba Roja,* y su argumento, tomado de la vida del célebre pirata de este nombre, abunda en situaciones altamente dramáticas y de gran efecto, que el autor ha presentado con perfecto conocimiento de la escena y revestidas de una forma hermosa sobre toda su ponderación. El éxito ha sido bueno. — En el teatro de Novedades se ha estrenado un drama de D. Pompeyo Gener y D. Luis Ruiz Contreras, titulado *Los senyors de paper,* de corte francés en sus dos primeros actos y todo él inspirado en un exceso de pesimismo que contribuyó á que la obra no obtuviera un éxito tan franco como era de esperar de sus autores. En cambio lo ha alcanzado entusiasta el sainete del pupolar escritor D. Emilio Vilanova, *Las bodas de 'n Cirilo,* cuadro lleno de gracia, abundante en chistes espontáneos y originales, que mantienen constantemente la hilaridad del público: es ésta sin duda alguna una de las mejores obras en su género, y trae á la memoria aquellos tiempos de feliz recordación para nuestra literatura regional, en que el teatro catalán era algo más que teatro *en* catalán.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

Carlos Pablo Gaspari, profesor de Teología en la Universidad de Cristianía, erudito exégeta é historiador de la Iglesia.

Enrique Natter, célebre escultor austriaco, autor de los monumentos de Zuinglio (Zurich), Haydn (Viena), Gualtero de Vogelweide (Bozen) y otros.

Rhind, notable escultor escocés, autor de muchas estatuas de escoceses célebres y de multitud de esculturas para edificios públicos.

D. Enrique Mélida, distinguido pintor español, y hermano del no menos notable arquitecto, pintor y arqueólogo D. Arturo; ha fallecido en París, en cuya capital residía hace años.

Ernesto Krausse, célebre actor alemán, desde 1870 miembro de la Comedia Real de Berlín y presidente de la Asociación de Actores alemanes.

José Salvatore, conde Pianell, teniente general del ejército italiano y senador; se distinguió mucho en las guerras de la independencia de su país.

Alfredo Tedey, uno de los más distinguidos é inteligentes representantes de la escuela inglesa de pintores miniaturistas.

Pablo Enrique de Kock, literato é hijo del fecundo y popular novelista francés Paul de Kock.

NUESTROS GRABADOS

D. Diego Velázquez de Silva, estatua en mármol de D. Venancio Vallmitjana.—Varias veces nos hemos ocupado de las obras de este distinguido artista, tributándole los justos elogios que merece por sus relevantes cualidades, por cuyo motivo nos limitaremos á hacer notar una circunstancia que concurre en Vallmitjana, no común á la mayoría de los que, como él, cultivan las bellas artes. Esta es que su entusiasmo y sus aptitudes no se mitigan ni apagan. A pesar de ser ya el decano de nuestros escultores y de haber sido el maestro de esos jóvenes artistas, que ya han sabido conquistarse merecido renombre, Vallmitjana modela inspirándose en las corrientes modernas, y cual si formara parte de la nueva generación, cual si él con la savia de su inteligencia no hubiera contribuído á crearla, produce desde la escultura clásica y correcta, á la escultura fina y elegante, propia para embellecer el retrete de la dama aristocrática. Prueba de ello es la estatua del gran maestro del arte pictórico español, Velázquez, que reproducimos, destinada á formar parte de una de las más notables colecciones de la capital de la vecina nación, en que á la finura y delicadeza de líneas se agrega la corrección, de manera que en su sencillez descúbrese la hábil mano del maestro.

Salón Parés.—La Divina Pastora, cuadro de D. Alejandro de Riquer. — Descanso, cuadro de D. José M.ª Tamburini. — El ordenanza, cuadro de D. Román Ribera. — Pescadera, cuadro de don Rafael Senet. — En la última Exposición efectuada en el Salón Parés, la novena entre las anuales que regularmente vienen celebrándose, figuraron los cuatro lienzos que reproducimos, debidos al pincel de igual número de distinguidos pintores que representan un carácter especial, distintivo, sin semblanza ni parecido. Román Ribera, correcto siempre, representa la moderna pintura de género, inspirada en las corrientes y conceptos de hoy, y su *Ordenanza* es una galana muestra de á cuánto llega su fantasía y su buen gusto; el lienzo de Riquer es una inspirada y modernísima composición, en la que apartándose del rutinarismo ilógico de la imaginería, ha logrado dar á la realista representación de la *Pastora* la aureola de la Divinidad, cierto misticismo que arroba y conmueve, tal como los artistas cristianos pueden concebirlo; la bonita y elegante figura que presentó Tamburini es, como todas las suyas, delicada y primorosa, simpática de líneas y de tonos, y la *Pescadera,* de Rafael Senet, aunque hallada en las playas napolitanas, muy digna de hollar tupidas alfombras y ostentar ricos brocados.

Una tela de abanico, por Pablo Schulze Naumburg. — Entre nuestros grabados hemos de llamar particularmente la atención sobre el abanico de Pablo Schulze, discípulo de Fernando Keller. Representa un decrépito ermitaño, sorprendido por la inesperada aparición de la primavera, á cuyos encantos se agrega para el santo varón la visión de una sílfide de fascinadora belleza. ¡Cuál sería el aturdimiento del piadoso cenobita, que no advierte que está rebosando el calderillo en que se cuece su frugal colación! La delicadeza del pensamiento y el donaire en la ejecución revelan el talento de que ya había dado muestra el autor en la exposición de abanicos de Karhruh.

La favorita, copia directa de un dibujo de D. Antonio Fabrés. — Aunque Fabrés cultiva todos los géneros con notable acierto y discreción, sus condiciones de excelente colorista hallan vasto campo para manifestarse en los cuadros inspirados en asuntos orientales. Los delicados tipos de la mujer árabe ó los atezados rostros del marroquí y tunecino, los vivos y abigarrados colores de los trajes, los afiligranados ajamíes y elegantes arcos de las construcciones, los ricos tapices, valiosos muebles y armas suntuosas ofrecen al artista variadísimas entonaciones y repetidas ocasiones en que vencer dificultades, que el espíritu emprendedor y entusiasta de Fabrés vence con verdadera fruición, como si fuera el atleta de otras edades, ya que como aquél vese obligado á luchar para salir victorioso de sus empresas.

Los artistas españoles en Roma. — Café árabe representado durante el último Carnaval por los artistas españoles en el «Círculo Artístico Internacional» de Roma. Reproducción fototípica de una aguada de D. Mariano Barbasán. — Vivo está el recuerdo en Roma de la fiesta artística que durante los días del último Carnaval organizaron en el «Círculo Internacional» los artistas españoles residentes en la Ciudad Eterna. Por eso y por tratarse de un hecho en que tomaron parte activa nuestros compatriotas, damos cabida en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA á la preciosa aguada representando el café árabe improvisado en uno de los salones del Círculo, que debemos á la galantería del ya distinguido pintor Sr. Barbasán, pensionado por la Diputación Provincial de Zaragoza, transcribiendo algunos párrafos del interesante artículo que nos remitió el galano escritor D. A. Fernández Merino, en la imposibilidad de publicarlo íntegro por la limitación del espacio de que podemos disponer.

«Este año han tenido la genial idea de convertirlo en café árabe, y el resultado ha correspondido á los esfuerzos que realizaron nuestros compatriotas. No hace mucho que Benlliure hizo un viaje por las costas de Túnez y Marruecos; estudió allí, como hace en todas partes, y trajo bellísimos apuntes, muchos de los cuales van resultando cuadros que hoy se admiran en su estudio. Uno de ellos es el café que los españoles han presentado este año admirablemente. Los tipos existían, y en el fondo del salón alzaron un tablado, alrededor del cual, contra el muro, corría ancha grada, asiento de músicos y odaliscas que ocupaban el frente; á un lado se veía al dueño del original establecimiento representado por Echena, moro perfecto, aunque de San Sebastián, dispuesto á poner orden entre sus fogosos parroquianos, que acurrucados en el suelo formaban artísticos grupos, jugando quien al ajedrez, quien á las cartas; enfrente algunos moros menos viciosos se contentaban con admirar las bellas odaliscas contratadas, animándolas con gritos guturales cada vez que el cansancio aminorara el lascivo movimiento de su baile. Y estas odaliscas eran el sevillano Rico, y Vivó, de Valencia: el primero sacrificó á la propiedad de su papel el negro bigote; el segundo fué más heroico, hizo desaparecer la barba que sombreaba su rostro; vistiéronse tan bien, se pintaron de tal manera que muchos dudaron de su sexo, aunque ninguno hizo apuesta que obligara á la comprobación de la verdad: el baile de ambos fué perfecto; nuestras danzas populares han conservado tan perfectamente el carácter de las del pueblo que durante siete siglos fué dueño de nuestra patria, que acentuando un jaleo ó marcando un poco más las seguidillas resultan danzas moras. Barbasán hizo de su guitarra un instrumento árabe de gran carácter, March se construyó un atabal perfecto, y era de ver la gravedad con que Blas Benlliure, moro desarrapado, sonaba los timbales y el entusiasmo con que su primo Emilio los acompañaba á todos, sonando flauta moruna de su invención.

»Poveda, que vestido de cristiano resulta todo el año un bereber disfrazado, jugaba al ajedrez con un moro cuya fortuna le permitía buen traje, y Salinas lo llevaba con la gravedad de quien no le importa perder, pues siempre le queda; á completar el grupo contribuían dos ó tres curiosos que discutían las jugadas en tanto apuraban sendas tazas de café, que muchos del público creerían era Moca legítimo, pero que en confianza podemos decir era Jerez auténtico. En el ángulo opuesto, otro grupo, no menos pintoresco, se entretenía jugando; encomendaban la fortuna á mugrientos naipes, Puertos, el inimitable Sancho de la *Cervara,* Muñoz y Simonet, y tenían alrededor como curiosos á Juliana Puig, Carbonell y Rodríguez Rubí, que cultiva el arte para no desmentir que es nieto de su ilustre abuelo D. Tomás, é hijo de quien cuidó con singular esmero las gloriosas tradiciones de su familia.

»Fácil es comprender el admirable cuadro hecho por nuestros compatriotas; cuadro vivo en que no faltó un detalle y que fué la admiración de todos los concurrentes al magnífico baile.»

Los prohombres de mi pueblo, cuadro de don Luis Graner. — Si bien es cierto que Graner ha dado ya fehacientes muestras de sus aptitudes artísticas por medio de variadas producciones, no lo es menos que en sus cabezas de estudio es donde se manifiestan con mayor brillantez sus adelantos y progresos. Tratados con verdadero cariño y con notable exactitud, logra Graner trasladar al lienzo tipos diversos, vulgares y reales, escogidos al azar entre los labriegos y menesterosos, arrancados del atrio del templo ó del fondo de la taberna. A la rica gama que existe en su paleta agrégase la facilidad de la asimilación, logrando por ende dar movimiento y animación en los trazos, expresión en los semblantes y vida en los ojos, que unas veces se entornan y apagan en soporífero sueño ó se encandilan y retozan excitados por el alcohol.

Luis Graner ha logrado en un breve período de tiempo, gracias á sus relevantes cualidades y laboriosidad, lo que otros no alcanzan sino á costa de muchos años, esto es, fama y provecho, que deseamos se acreciente, pues con justicia merece tal galardón este distinguido pintor.



Lilia había ido á cortar flores (pág. 301)

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONCLUSIÓN)

– ¿Por qué?

– ¡Nada... un presentimiento! ¡Dame la mano, y adiós!

Los dos se miraron en silencio, oyendo el estampido de los cañones, que tronaban desde las primeras horas de la mañana. Negras bombas cruzaban los aires con siniestro silbido é iban á estallar en los campos á cien metros de distancia. Entonces el subteniente sintió conmoverse su corazón al recordar toda la bondad y delicadeza con que le había tratado su tío tan loco y calavera, desde su ingreso en el regimiento, haciendo por él más que un padre. Y he aquí que ahora se despedían, y que d'Arbrissel tenía la muerte en los ojos, pero adivinábase por su expresión que vendería cara su vida, pues sus labios se entreabrían con esa sonrisa terrible de los grandes duelos, esa sonrisa diabólica que sus compañeros conocían muy bien.

«¡Adiós, amigo mío!, repitió d'Arbrissel,» dejando escapar un suspiro.

Diéronse órdenes; las cornetas tocaron para el ataque; Roberto de Francœur volvió á ocupar su puesto, y oyóse la voz del coronel.

– ¡Prepararse para la carga!

Y casi seguidamente:

– ¡Sable en mano! ¡Al galope, marchen!...

Y aquella sensación de rápido movimiento, que arrastraba á los hombres en vertiginoso remolino, mezclábase en el enfermo con el frenesí de la carrera, el toque ronco de las cornetas y la aparición de compactas masas negras, estriadas de líneas que brillaban á intervalos como relámpagos: era la infantería prusiana, con sus sombrías bayonetas, que se acercaba.

En aquel momento, el coronel, con voz bronca y terrible, como la bocina de Rolando, gritaba á sus soldados:

– ¡Cargad, cargad!

Después, semejante á una inmensa ola, vióse al batallón prusiano oscilar; rostros barbudos, bayonetas cruzadas; los caballos locos, encabritándose, penetrando allí dentro, aplastando á los hombres, y los sables hiriendo á diestro y siniestro, segando en plena carne. En aquel frenético furor vió á d'Arbrissel caer á los pies del abanderado después de acuchillarle, y luego todo desapareció en un aturdimiento; parecióle recibir un golpe en el brazo... era una bala que se lo fracturaba, y le sintió caer inerte, con el sable pendiente de su muñeca muerta. El terreno estaba sembrado de cadáveres y heridos; el batallón prusiano disperso; las cornetas tocaban para reunir de nuevo las fuerzas; y sin saber cómo, en el tormento de aquella especie de pesadilla, su caballo, saltando sobre los cadáveres, llegó al trote hasta la cima del calvario de Illy con los pocos que aún quedaban del escuadrón diezmado.

Allí un dolor le oprimió el corazón; su tío quedaba muerto allá abajo sobre la tierra enrojecida! Quiso volver para cargar de nuevo; pero todo bailaba á su alrededor; aquejábanle agudos dolores en el brazo; palidecía, su sangre se derramaba sobre la silla y el costado del caballo; trató de apearse, y por el esfuerzo cayó en tierra desvanecido.

Después la ambulancia, el hospital, Sedán. Una hermana de la caridad se inclinaba sobre él: era Ivelina, con su toca blanca, y esto le pareció muy natural; Ivelina pálida, y muy triste por aquel desastre, curaba su brazo inerte, del que se acababa de extraer la bala; pero traían otros heridos, entre ellos un oficial prusiano muy joven, con su lente en el ojo y guantes blancos. Colocáronle en un lecho inmediato al suyo, y le reconoció: era Ivón, con su expresión fría y aspecto grave.

¡Ivelina se dirigía hácia él, inclinábase sobre la cabecera de su lecho; y él los veía besarse, sin que pudiese, paralizado y mudo, hacer un ademán, exhalar una queja!...

III

Transcurrió una semana; habíase logrado dominar la erisipela, pero la fiebre seguía su curso.

El Sr. de Francœur no se daba cuenta en su estado más que de los días y las noches; pero no le parecían reales; reconocíalos como por un cerebro que no fuera el suyo, pues con frecuencia no echaba de ver su identidad. Imaginábase que su mal duraba ya algunos días, pero faltábale la noción de las horas. Ciertamente creía haber visto inclinada sobre él tan pronto la cabeza de Marcos como la de Lilia y también la del médico; mas no estaba seguro de ello. Su ordenanza y su criado Francisco se relevaban para servirle; pero cuando los reconocía, imaginábase estar en Verdun, en su casa. Solamente Ivelina subsistía en sus confusos insomnios y en sus febriles ensueños; ella era el centro de singulares peripecias, en que las realidades pasadas mezclábanse con las ficciones más inverosímiles, pero sin extrañarle nunca, porque se iban sucediendo según la lógica falaz del sueño y de la pesadilla. Poco á poco aflojábase la presión que sentía en sus sienes, y entre sus alucinaciones parecía como si de vez en cuando cruzasen como un relámpago algunas nociones lúcidas. Una vez en que por casualidad se quedó solo, se levantó, y obedeciendo á ese inveterado instinto que nos hace buscar la luz, quiso mirar por la ventana: todo estaba iluminado por la claridad de la tarde, por los dorados rayos del sol poniente; pero aquel paisaje conocido le pareció extraño, pálido y remoto, como si le volviese á ver en otra existencia, al cabo de miles de años.

Su ordenanza entraba entonces, y decíale respetuosamente:

– Mi coronel debe acostarse; mi coronel empeorará.

Oía estas palabras como á través de un gran espacio y la voz llegaba hasta él sorda y apagada; pero obedecía con la docilidad de un niño. Después, apenas se recogía la colcha debajo de su barba, parecíale que el rosetón del techo se ponía á dar vueltas y que él se hundía, cayendo desde una altura formidable. La semilocura le atacaba de nuevo; aparecíasele Ivelina, y él repetía su nombre, siempre en el delirio.

IV

El sol había penetrado en la habitación; el Sr. de Francœur fijaba en el papel de las paredes esa mirada incierta del que procura reanudar sus recuerdos. Un suave roce de seda le hizo volver la cabeza con movimiento rápido, y sonrió ligeramente al reconocer á Lilia.

También ésta sonrió; estaba muy pálida; la mirada de sus negros ojos era lánguida; con su vestido obscuro, muy ajustado, tenía un aspecto frío, no ya esa alegre libertad de otras veces, y esto extrañaba al enfermo, pareciéndole ver otra Lilia, pero envejecida. Mas sus ideas eran muy vagas aún; y como si tratase de recordar una lengua olvidada, articuló penosamente:

– ¿Por qué? ¿Qué me ha sucedido? ¿He estado enfermo?

Afectuosamente, y con un poco de esa libertad maternal que todas las mujeres tienen, Lilia aplicó su mano fresca sobre la frente del enfermo.

– No te inquietes, mi buen Roberto, dijo; ahora estás mucho mejor.

– Pero ¿qué he tenido?

– ¡Chist! No debes hablar aún; déjate cuidar.

El Sr. de Francœur miró á Lilia detenidamente, tratando de comprender y de recordar; pero no lo consiguió. Quedaba un vacío en su memoria, y hasta su pasado le parecía confuso, un pasado sin vida, como separado de él y cuyas vibraciones no sentía ya repercutir en su conciencia. No se recobraba; era como la reliquia inútil de un naufragio; había perdido su alma.

– ¿Quieres beber?, preguntóle Lilia.

– Sí, contestó el enfermo.

No le había abandonado aquella impresión de una sed ardiente, insaciable. Lilia acercó á sus labios una taza de caldo ligero; el enfermo bebió y dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

– ¡Gracias!

– Procura dormir más, le aconsejó Lilia.

El Sr. Francœur sonrió; aunque débil, disfrutaba en su padecimiento de un reposo tranquilo y seguro. Poco á poco se adormeció, cuando la tarde tocaba á su fin.

V

Desde entonces, la mejoría se acentuó, el sueño se fué regularizando; el enfermo estaba despierto durante el día y pudo tomar un poco de alimento; pero recobraba las fuerzas muy poco á poco, conservando la terrible curvatura del golpe de maza que le había derribado. La memoria no se despertaba mucho, y sin embargo, asaltábale ya una inquietud, el temor de haber hablado durante su delirio. Después observó que Marcos y Lilia no estaban nunca juntos á su lado, y vagamente presintió algo malo al ver tristes á los dos.

Una mañana, sin que él supiera cómo, acudió casi todo á su memoria: su amor á Ivelina sin esperanza, el adulterio de Marcos; y estos recuerdos causábanle el mayor asombro, como si fueran cosas inauditas, tan sorprendentes que casi dudaba de ellas, en el suave calor del lecho y en el goce de las ligeras alegrías sensuales que le proporcionaban las comidas, los breves ratos de sueño y las sonrisas de Marcos y de Lilia. Hasta la presencia del médico le era agradable. Y aplazaba hasta el otro día pensar seriamente en aquellos dolores extraños y aquellos pesares profundos de los otros y de sí mismo.

VI

– ¿He dicho muchas locuras?, preguntó á Lilia.

Era el octavo día de su enfermedad; sentíase más fuerte y animoso, más fresco y aliviado después de haberse mudado de ropa y aseado un tanto.

– Un poco de delirio, contestó Lilia.

Al coronel le pareció que su cuñada le miraba con más atención.

– Pero ¿qué he dicho en ese delirio?

Lilia parecía vacilar.

– Hablabas de nosotros y de Ivelina, contestó.

El enfermo tenía junto á sí á Lilia; cogió su mano y miróla fijamente.

– ¡Ah!, exclamó. ¿Qué he dicho de Ivelina?

Lilia se turbó casi y apartó la vista.

– No sé, repuso; palabras confusas...

Pero el enfermo, estrechando con más fuerza la mano que había tomado y sonrojándose, replicó en tono de tristeza y confusión:

– ¿Qué habrás pensado de mí, Lilia?

– ¡Yo... nada, como era efecto del delirio!...

– ¡Sí, pero de un delirio á medias, Lilia!

Y el coronel, con la cabeza inclinada sobre la mano de su cuñada y sintiendo que su corazón necesitaba desahogarse, en la emoción irresistible de que estaban poseídos los dos, le dijo:

– Lilia, ¿no te parece una locura á mi edad?

Lilia contemplaba incierta y confusa al enfermo.

– ¿Conque la amabas, Roberto?, preguntó al fin.

– ¡Como un loco!

Siguióse un instante de silencio; el Sr. de Francœur apoyaba la frente con más fuerza en la mano de Lilia, que ésta no retiraba.

– Soy muy ridículo, dijo. ¿No es verdad?

– ¿Por qué?... repuso Lilia. Pero ¿qué ha pasado? La fiebre que te dió de pronto no era natural.

– Me había apesadumbrado, murmuró el Sr. de Francœur.

– ¿Por qué?

– Porque... á mi edad es muy triste despertar de los ensueños.

– Pero, Roberto, ese ensueño no tenía en rigor nada de irrealizable.

– Lilia, no me digas nada; eres buena y quieres consolarme; pero mi corazón está muy incierto aún. Puesto que has adivinado lo que me pasa, no necesito suplicarte que guardes el secreto.

Y añadió vacilante:

– ¿Ha sospechado *ella* algo?

Lilia no contestó al punto, como si temiera entristecer á su cuñado, pero al fin repuso:

– No, nada, según creo.

– ¿Y Marcos... sabe?...

El coronel observó la sonrisa dolorosa de Lilia, que retiró su mano.

– No sé; nos hablamos poco, contestó con amargura.

– Es verdad, replicó el enfermo; ya sé que tienes también disgustos, querida hermana.

Lilia bajó la frente, muy conmovida, y ya no se dijeron nada aquella noche.

VII

Pero hablaron al día siguiente; y el señor de Francœur se mostró más explícito. Lilia le escuchaba con mucha bondad, y se sorprendió menos de lo que él temía, á no no ser que disimulase por delicadeza. No dijo nada, sin embargo, sobre la conversación de Ivelina é Ivón, sorprendida por él, y solamente se refirió á las dudas que le inspiraban el cariño y el parentesco de los dos jóvenes. Añadió que esto le había hecho pensar á tiempo, recordándole aquella doble juventud amorosa su edad y la locura de semejante pasión.

Lilia contestó, con muy buen sentido:

– Has dicho bien, son muy jóvenes. Ivelina no se conoce, y á su edad se ama sin amar. Estoy segura de que no abriga ningún sentimiento formal respeto á su primo, y en cuanto á Ivón, no es más que un chiquillo. ¿Te habría de preocupar eso?

– No me preocuparía si no fuese tan viejo, replicó el coronel.

– ¡Tú viejo!

– Lilia, añadió el Sr. de Francœur, meneando la cabeza, si yo te dijese: bien considerado todo, mi afecto á Ivelina, nuestra respectiva situación y edad, ¿me aconsejarías ese casamiento? ¡Contéstame!

Lilia vaciló.

– Ya lo ves, dijo el coronel con melancólica expresión.

E hizo un esfuerzo para sonreir.

– Eso habrá sido mi veranillo de San Martín, añadió con valerosa calma el Sr. de Francœur, una insolación tardía que me arrebató el juicio; pero ya le recobro.

Y sin embargo, en su interior no se resignaba.

VIII

La lucha era violenta en el interior de Francœur. No se trataba más que de esperar; y si Ivelina era demasiado joven aún, nada le impedía dejar que pasara algún tiempo. Pero ¡qué ironía! ¿No envejecería él entretanto? Por otra parte, aunque el coronel no se lo confesara, su breve enfermedad le había producido profunda y dolorosa impresión: aquel brusco desfallecimiento en plena salud le humillaba; era la primera advertencia de que no podía contar con su seguridad de hombre fuerte; y su amor propio se resentía ante la idea de que se hubiese sabido que estaba enfermo en cama. Parecíale que Ivelina debía estimarle menos, y esto era para él una depreciación. Pensaba ya en achaques posibles, en la vejez que se acercaba, en una decadencia próxima. Solo en su habitación, veíalo todo negro al hacer estas reflexiones. Y por escrúpulos, timidez, temor de sí mismo y del porvenir, sentía disminuir sus violentos deseos, y sus proyectos de felicidad desvanecíanse en la bruma.

Una tarde, al verle tranquilo en apariencia, Lilia no le ocultó que las señoras de Kerjuzan iban á marchar. Temiendo ser molestas, y desconcertadas en aquella casa, tan triste ya, anticipaban su partida y se proponían regresar á París dentro de tres días.

¿Y el joven Ivón?

Había marchado ya á Bretaña, donde le esperaban unos antiguos amigos de su padre.

De este modo, muy pronto ya no estaría allí Ivelina. ¡Cosa extraña!; esto le alivió, porque temía encontrarse de nuevo frente á ella.

Y sin embargo, la noticia le entristeció.

IX

Por simpatía, experimentó entonces la necesidad de interesarse en favor de los otros más bien que en el suyo, y confundir su pesar con la profunda pena de Marcos y de Lilia, pues no dudaba que eran desgraciados. Hubiera querido restablecer entre ellos la buena armonía; pero ¿cómo hacerlo, siendo el ultraje tan reciente aún?

Y sin embargo, si Lilia le conmovía por su aspecto grave y su tristeza, no podía menos de compadecer á Marcos, adivinando que estaba arrepentido. Reconocíase esto por no sé qué timidez, qué vergüenza disimulada en aquel hombre de carácter alegre y ligero, que ahora entraba furtivamente en la habitación de su hermano y permanecía solo algunos instantes, bien por temor de molestarle ó de que Lilia se presentara. Como por un convenio tácito, jamás se encontraban los dos á la cabecera del lecho del Sr. de Francœur, y Marcos tenía cierta manera de volver la cabeza, confuso bajo la mirada de su hermano, cual si temiese leer en ella una censura.

El mismo coronel no estaba á su gusto, y preguntábase qué habría pensado su hermano de aquel delirio en que pronunciaba constantemente el nombre de Ivelina. Hubiera querido confiarse á Marcos; pero no osaba; una especie de pudor le retenía.

Y aunque los dos reconociesen la necesidad de una explicación, retardaban el momento.

X

El Sr. de Francœur, que se había adormecido, despertó de repente al sentir alguna cosa fresca en su rostro: eran las pulseras de la niña más pequeña, que se había encaramado sobre una silla junto á la cama; Juana, que estaba al lado de ella, miraba á su tío con mucha gravedad. Las dos habían ido solas á llamar á la puerta, y el criado Francisco las dejó entrar sonriendo.

El coronel besó aquella manecita.

– ¡Hola, Juana! ¿No me conoces?, preguntó el Sr. de Francœur.

– Sí, tío. ¿Has estado enfermo?

– Un poco. ¿Por qué no venías á verme?

– Mamá no quería; nos dijo siempre que te molestaríamos.

– ¿Y hoy?

– Hoy ha consentido, porque Griffith está ocupada; ahora acaban de preparar el equipaje de la tía Aurora y de Ivelina, que van á marchar.

«Es verdad, pensó el señor de Francœur; debía ser hoy.»

Y trataba de analizarse; preguntábase lo que sentía realmente, y su corazón no le contestaba. ¿Habría cambiado hasta el punto de no amar ya á Ivelina? Sí, la amaba; pero de otro modo, con una ternura menos violenta, en la que su deseo se debilitaba. Dábase cuenta al fin de las dificultades de semejante unión, y casi no la deseaba ya. El hombre de edad madura recobraba su dominio sobre sí mismo; el celibato se consolidaba en él de nuevo con su tristeza, pero también con su seguridad. Ivelina le parecía ya lejana, un sueño delicioso, sueño perfumado y fresco, del que despertaba al fin con un sentimiento dulce y vago.

¡Qué dicha la de no haberle descubierto su secreto! ¡Cuán inútilmente la habría turbado! Su delicadeza se regocijó de ello, así como su orgullo, pensando que no había arriesgado un paso en falso dirigiéndose á la tía y á los Fabvier. En este sentido, la presencia de Ivón y la escena de la cabaña habían sido felices para él. En cuanto á Marcos y á Lilia, sabía que eran cariñosos y que se podía contar con su indulgencia; de modo que, cuando más, le compadecerían por haber amado y sufrido inútilmente. Este pensamiento le consolaba.

Entretanto, el silencio que exigía la meditación á que se entregó intimidó á Juana, que aburrida muy pronto dijo al fin:

– ¡Adiós, buen tío!

Y Pepita, bajando de su silla, la imitó.

– ¿Te vas ya?, preguntó el Sr. de Francœur.

– ¡Oh!, volveré, contestó Juana con cierto tono de importancia: voy á despedirme de Ivelina.

Una vez fuera las niñas, el Sr. de Francœur se consideró muy solo y aislado.

El ruido de un coche le indujo á levantarse y á mirar por la ventana: era el break que debía conducir á las señoras de Kerjuzan á la estación.

El coronel se vistió para verlas pasar, y como aún estaba débil, hizo rodar un sillón hasta la ventana.

Al pensar en el tiempo pasado, sobrecogióle una melancolía meditabunda, recordó el día en que una inesperada y feliz casualidad le puso frente á Ivelina en medio de las rosas; reflexionó cómo en los días siguientes se enseñoreó aquella joven de su corazón y su pensamiento, y acudían á su memoria los más ínfimos detalles que la concernían, un sonido de su voz, un ademán furtivo, el brillo de una mirada. Trataba de recordar cómo había experimentado aquel amor y cómo pudo forjarse la ilusión de una felicidad posible; mas no podía explicarse la repentina lasitud de aquel afecto mismo, y que al cabo de quince días de enfermedad volvía en sí tan cambiado. ¿Se renovaría en él con más violencia aquella pasión al recobrar las fuerzas y la salud? No, porque en todo caso ya no recobraría su hercúlea robustez. Para él había sonado ya una especie de toque de difuntos, precursor de su decadencia. Aunque á fuerza de cuidado pudiese conservarse sano otros diez años, ¿qué podía importarle esto, si era forzoso envejecer? Y entonces, si se hubiera casado con Ivelina, ó si aún pensara tan sólo en ello, ¡qué remordimiento sería el suyo! ¡Ver á su lado una joven que apenas había llegado al desarrollo de la mujer, y estar separado de ella por un abismo, por la inmensa distancia entre los sentimientos y las ideas que no se corresponden ya, sino que, al contrario, divergen! A pesar suyo, Marcos y Lilia le ofrecían un ejemplo para comparar: invirtiendo la situación, imaginábase ser ya esposo viejo, engañado por su mujer. ¡Oh! Y no por esto sería depravada; suponía que aquello debía suceder naturalmente, por la fuerza de las cosas. Algún día presentaríase un hombre joven, bello y predestinado, el amante posible, y los dos se amarían. Durante largo tiempo, por no faltar al honor, su esposa se defendería; pero alguna circunstancia fatal, como en las novelas, los arrojaría en brazos uno de otro, consumándose entonces el adulterio. ¿Y qué haría él entonces? ¡Ah, seguramente la mataría!

El Sr. de Francœur sonrió amargamente al hacer semejantes suposiciones y al ver cuán distinta era la realidad. De todo lo que le había encantado y de lo que pudo contristarle, Ivelina, causa inconsciente, no había sospechado nunca nada. Iba á desaparecer tan tranquila, tan pura como el primer día, y le olvidaría como si no hubiese existido jamás.

Abajo, los caballos piafaban, sujetos por la mano del cochero. Los Fabvier se presentaron á poco; siguiéoles la tía de Aurora, y después acudió Ivelina. Llevaba un gran mantón de viaje y cubierta la cabeza con un sombrerito negro; no podía ver su rostro, porque le ocultaba un velo de tul, pero el cuello y la nuca presentaban una línea blanca muy suave. Por mucha que fuese su resignación, experimentó un dolor agudo al renunciar á tan encantadora joven.

Era llegado el momento de la despedida. Marcos é Ivelina cambiaban dos francos besos aplicados en las mejillas, y después la joven abrazó á los niños. Seguida de los Fabvier y de Lilia, Ivelina subió al break, y entonces parecióle al coronel que miraba hacia su ventana; esto le produjo á modo de un extraño pudor y dejó caer la cortina, contemplando á través del festón de la muselina, por última vez, el lindo rostro de la joven.

Los caballos partieron; el coronel siguió con la vista durante algunos minutos la figura de Ivelina y su velo flotante; y después todo desapareció en la extremidad de la avenida. Entonces sintió oprimírsele el corazón, y sus ojos se humedecieron; pero á este impulso doloroso, experimentó así como una sensación de dulzura, como una alegría por su de-

sistimiento, por haber obrado juiciosamente, y ese alivio que sigue á todo pesar desarraigado bruscamente.

Permanecía en su sillón inmóvil, con la vista fija en el jardín vacío y que en adelante sería una soledad para él.

La puerta se abrió suavemente y apareció Marcos; Juana le acompañaba en cumplimiento de su promesa.

Las miradas de los dos hermanos se encontraron; espontáneamente el Sr. de Francœur, adivinando que se le comprendía y compadecía, alargó su mano á Marcos, que se la estrechó con fuerza largo tiempo sin pronunciar una palabra.

Aquel apretón de manos los reconoció; la frialdad del rompimiento, ocasionada por el adulterio de Marcos, se desvaneció; en aquel minuto, dulce y silencioso, amáronse con tierna y recíproca compasión.

La niña, con su mirada inocente, contemplábalos sin comprender nada.

– Ve á jugar, Juana, díjole su padre con dulzura.

XI

Una vez solos, el Sr. de Francœur sonrió, mirando á su hermano de una manera muy expresiva.

– Querido Roberto, dijo Marcos, dentro de pocos días estarás curado.

Como si el coronel comprendiera que el tono afectuoso de aquella voz encerraba un doble sentido, contestó:

– Ya lo estoy... casi. A ti es á quien quisiera ver otra vez feliz.

Marcos se encogió de hombros, con expresión de duda, mostrando al mismo tiempo ese aire de joven frívolo por el cual se hacía perdonar tantas cosas, porque no tenía malignidad.

– ¿Qué motivo hay para que no sea así?, preguntó el coronel. Eso no depende más que de ti.

– ¡Oh!, repuso Marcos, bajando la vista, lo que de mí depende ya está hecho. No he vuelto á ver á la baronesa de Brettes; no sé lo que ha sido de ella é ignoro si habrá vuelto á París.

Su acento era sincero, en medio de su confusión, y avergonzábale un poco confesarse.

El coronel lo sabía muy bien: la baronesa había anunciado á su esposo su regreso, pues nada la retenía ya en Jozeu, donde la señora de Cyou parecía restablecerse por completo. Dejando con ella á la señora de Lemartre, había marchado acompañada de Jugaud.

– ¿No es verdad que la echas de menos?, preguntó el coronel á su hermano en voz baja, mirándole fijamente.

– No, contestó Marcos. Y con una brutalidad inconsciente, añadió: ¡Eso ha pasado ya!

Sin embargo, sentía profundamente herido su amor propio, resentido á causa de la preeminencia adquirida por el Sr. Jugaud, quien tal vez le sustituía; pero anteponíase á esto su desdén, ese desprecio tan ingenuamente injusto é ingrato que todo hombre siente por la mujer que se entregó sin resistencia, ó más bien, se ofreció. Una vez satisfecho su deseo, juzgábala muy inferior.

– Pero tú la has amado, se atrevió á decir el señor de Francœur. A no ser así, ¿hubieras comprometido tu felicidad y la paz conyugal?

Marcos se encogió de hombros con expresión de desconsuelo.

– ¡Ah! Ya lo sé, exclamó, he obrado como un egoísta, sin pensar más que en mi placer.

Y añadió á media voz:

– No todo el mundo tiene tu delicadeza.

El Sr. de Francœur se sonrojó, aparentando no comprender.

– Lilia me parece muy triste, dijo.

Marcos suspiró.

– ¿Y cómo han tomado la cosa tus suegros?

Marcos sonrió con expresión compasiva y cariñosa.

– ¡Oh, pobres viejos míos!, repuso, han dado pruebas de una indulgencia que yo no merecía seguramente. En los primeros momentos, Lilia, muy exasperada, hablaba de escándalo, de divorcio; y ellos son los que la han calmado. No sé qué admirar más, si su experiencia resignada de la vida, ó su sencilla y discreta bondad, que yo nunca pensé fuera tanta.

El Sr. de Francœur, muy conmovido, miraba sus manos enflaquecidas por la enfermedad, y dando leves palmadas en el brazo del sillón repuso:

– Sólo te falta una cosa ahora, y es preciso que la hagas: reconquistar á tu mujer. ¿Habéis tenido ya una franca explicación?

– Sí; la cólera de los primeros días ha pasado, pero queda el pesar.

– ¡Pobre Lilia!, exclamó el coronel.

Y al levantar la cabeza, vió que Marcos tenía los ojos llenos de lágrimas.



Ivelina subió al break, y entonces parecióle al coronel que miraba hacia su ventana (pág. 300)

XII

El señor de Francœur había dejado el lecho, y todos los días bajaba al jardín.

Era á principios de octubre, y las hojas de los árboles comenzaban á tomar un color amarillento; las tardes eran melancólicas al declinar; siguiéronse días lluviosos, durante los cuales soplaban algunas veces tibias brisas, y de la tierra exhalábase cierto olor de humedad. El Sr. de Francœur sentía ahora la languidez de las cosas más que antes.

Sus penas tenían para él cierto encanto y ternura como cuando uno se lamenta de sí mismo; meditaba en su decadencia, en su próxima vejez; y por eso la presencia de Juana y Pepita inspirábanle dulces sentimientos: vislumbraba ya su futuro género de vida, después de tomar su retiro, viviendo en compañía de Marcos y de Lilia y halagado por las caricias de sus niñas.

Pero entretanto, pensaba en el día en que saldría del castillo para volver á incorporarse con su regimiento, y mentalmente entraba en Verdun y en la gran casa fría. La disciplina militar le preocupaba de nuevo; y confesábase con un suspiro que vería el término de su licencia sin sentirlo. Todos los detalles de su vida olvidada acosábanle de nuevo, y al ver pasar delante de sí á *Poiton* y *Coralía*, conducidos de la brida por el ordenanza, representábase el campo de maniobras, las revistas y aquellas mañanas en que iba al trote al cuartel á la hora de la orden.

En aquellos recuerdos no se mezclaba el de Ivelina; habíase desvanecido como una sombra.

Pero algunas veces, por el contrario, la imagen de la joven reaparecía de repente por confusas sugestiones: evocábala algún perfume, cualquiera expresión femenina en el rostro de Lilia, ó bien el aroma del jardín en que la encontró. Representábasela con su ligero vestido, y entonces procuraba apartarla de sí moviendo los hombros, como hombre que sacude una pena; mas á pesar suyo, volvía durante su reposo, y tenía ensueños de felicidad ó voluptuosos, que se desvanecían con la aurora, dejándole meditabundo.

Sin embargo, no echaba de menos más que su hermosa juventud ya pasada, y todos los días resignábase virilmente un poco más.

XIII

Eran las cinco de la tarde: el Sr. de Francœur, los Fabvier, Juana y Pepita estaban en el terrado, en un rincón en que los rayos oblicuos del sol, reflejándose en los vidrios de los invernaderos, conservaban todavía un poco de calor.

Pepita hacía muy paciente pastelillos con la arena húmeda; Juana acababa de formar unos collares con esas florecitas sonrosadas que se enfilan unas sobre otras, y muy contenta, púsolas sobre la cabeza de Tigiale, que dormía á los pies de su amo.

– ¡Tío, exclamó, mira qué bien le está!

El coronel sonrió y también los Fabvier; la señora hacía una labor de ganchito, con esa práctica que suple á la cortedad de la vista, y el marido permanecía ocioso con las manos cruzadas, blancas y demacradas.

Siguióse un profundo silencio, volviendo cada cual á sus preocupaciones. Lilia había ido á cortar flores en el centro del jardín, donde Marcos acababa de reunirse con ella bruscamente, cual si hubiese adoptado de pronto un partido. No volvían, y esto infundió esperanza á los Fabvier y al coronel, por más que no se hubieron dicho la menor cosa ni cambiado una mirada; pero se comprendían. Y si se esperaban era porque conocían la bondad de Lilia; mas al reflexionar sobre su dolor y la injusticia del ultraje que había sufrido, casi dudaban que perdonase. La vista de los niños les consolaba y tranquilizábales: aquellos inocentes no debían pagar las culpas de los otros.

El sol descendía al ocaso y con él parecía difundirse la calma, flotante en átomos luminosos sobre la tierra. Aquel día de otoño, hermoso entre los últimos, hacía pensar en otro tiempo menos agradable, en los próximos días tristes, en los fríos del invierno. Y saboreando aquel esplendor declinante del día, no era posible adormecer la conciencia, inquieta de lo que tenía de efímero é ilusorio. Despertaba en el corazón de los Fabvier, y por una analogía de circunstancias también en el del Sr. Francœur, una dulce calma mezclada de sentimiento doloroso por la vida que pasó, por las penas que se olvidan, y por la muerte que se acerca con lento paso.

– ¡Veo el vestido de mamá!, exclamó de repente Juana.

Una mancha de color gris detrás de las espesuras, bastante lejos, iba y venía con cierta gracia; al fin se acercó, y vióse á Marcos y á Lilia volver muy despacio, pero aún medio ocultos por algunos arbolillos.

Las miradas de la señora de Fabvier y del coronel se encontraron, expresando la esperanza; el Sr. de Fabvier, con la vista fija en los campos dorados por los reflejos del sol y en los lejanos bosques que el orbe rojizo del astro del día alcanzaba ya, permanecía inmóvil y meditabundo, como si no hubiese oído nada. El calor se retiraba de la tierra á medida que el sol desaparecía, absorbiendo la última vida y la suprema belleza; después no se vería ya nada, y por eso cierto malestar y una impaciencia inexplicable hacían desear al Sr. de Francœur que Lilia y Marcos se presentasen antes que la sombra lo invadiese todo.

– ¡Ya están ahí!, dijo la señora de Fabvier.

Su marido volvió la cabeza; Pepita dejó de hacer sus pasteles de tierra y Juana sus collares de flores, y el señor de Francœur se levantó instintivamente: Marcos y Lilia avanzaban, hablando en voz baja; ella cogida de su brazo, dulce y resignada, y él enternecido y sincero. Lilia había llorado, pero sonrió al ver á los suyos y abrazó á su madre.

Las niñas se habían arrojado en brazos de Marcos; y aquel tierno silencio, durante el cual los demás se abrazaban, fué grato para el corazón de los ancianos y del señor de Francœur, que inclinándose sobre Tigiale para ocultar su emoción, acaricióle cariñosamente.

– ¡Hermosa puesta de sol!, dijo al fin Marcos con voz conmovida.

Todo el mundo miró: el globo de fuego desaparecía ya en sus tres cuartas partes del horizonte; Lilia le siguió con la mirada largo tiempo, con la expresión



de la mujer que después de las traiciones del corazón comprende que el amor se va y que llega el otoño de la vida. También el Sr. de Francœur estaba triste, pero tranquilo ante aquel hermoso sol poniente, y el silencio de los Fabvier rebosaba de elocuencia.

Solamente las niñas, con un reflejo de luz en sus hermosos ojos vagos, sonreían sin comprender.

El astro se extinguió.

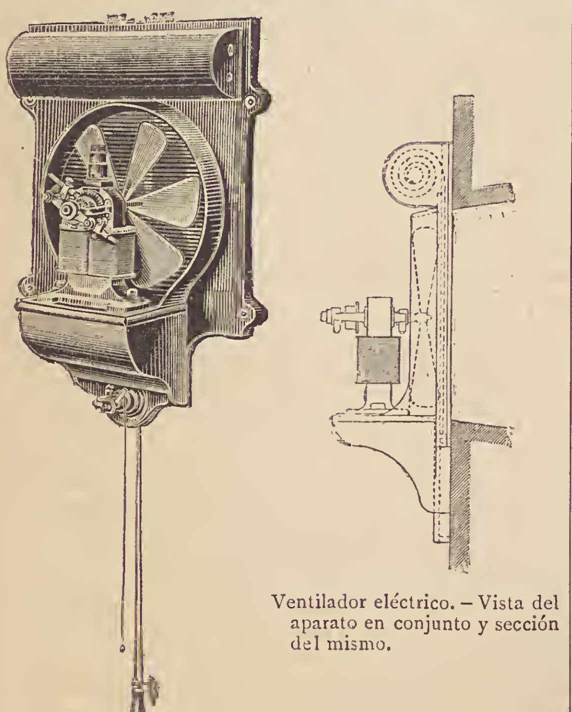
–¡Ya se fué!, exclamó Pepita, ya se fué el sol. ¿Adónde ha ido, mamá?

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

VENTILADOR ELÉCTRICO

La Sociedad general de Electricidad de Berlín ha enriquecido el arsenal de sus aparatos con el ingenioso ventilador, representado en los siguientes grabados, y con el cual se allanan las dificultades mecánicas que ofrece la instalación de la ventilación artificial. Se puede aplicar dondequiera que haya comunicaciones eléctricas y se intercala en el lugar de una lámpara de incandescencia. El ventilador consta de un pequeño electromotor que hace girar un molinete colocado delante de una abertura del muro. Esta abertura está de ordinario cerrada por una portezuela que se arrolla en la parte superior. Cuando se quiere establecer la ventilación se levanta la portezuela por un resorte y con otro se intercala el



Ventilador eléctrico. – Vista del aparato en conjunto y sección del mismo.

electromotor. Inmediatamente se pone en movimiento el molinete y expulsa el aire viciado de la habitación. La velocidad se puede regular por medio de una lámpara de incandescencia. El entretenimiento es muy económico.

***

EL MARFIL EN ÁFRICA

Si se consultan los relatos de los exploradores que han recorrido el centro del Africa, pronto se echa de ver que los artículos de comercio interior figuran en muy reducido número, por lo menos los que se refieren al de exportación, y se advierte además que, aparte el polvo de oro en ciertas regiones, las partidas de esclavos, á veces el caucho y el karite, lo que constituye el principal objeto de cambio para las caravanas es el marfil. Verdad es que tiene la preciosa ventaja de que en reducido volumen presenta gran valor, siendo además muy fácil asegurar su transporte por medio de esclavos; combinación excelente, por cuanto una de las dos mercancías sirve para acarrear la otra.

Puede decirse que los negros del centro de Africa casi no viven sino de y por el elefante; cuando uno de los cazadores de la tribu ha podido matar uno de esos paquidermos con armas tan primitivas como la flecha y la azagaya, la aldea está de fiesta y de jolgorio; descuartízase al animal, la carne se distribuye entre los habitantes del lugar y se ponen aparte los colmillos hasta que acierte á pasar por allí uno de los traficantes árabes que recorren el continente negro para formar los elementos de una caravana.

Mucho tiempo hace que se usa el marfil, pareciendo verosímil que los fenicios fueron los que lo introdujeron en Grecia. De allí pasó á Italia y los romanos lo usaron siempre. Esta materia ha sido en todas épocas muy apreciada, lo mismo en la Edad media que en el Renacimiento, período durante el cual muchos artistas de gran mérito se dedicaban á la escultura en marfil.

Hoy esta substancia se emplea, no solamente como objeto de lujo, sino también como materia excelente para la construcción de gran número de instrumentos de precisión. Así es que el pedido de marfil para los diferentes mercados aumenta diariamente, á la vez que disminuye el número de elefantes, y que el precio de tan útil artículo crece en proporción extraordinaria. No es, pues, extraño que el Estado del Congo realice ganancias bastante crecidas en su comercio especial de marfil.

El elevado precio de los colmillos de elefante fué causa de que, cuando el explorador Stanley emprendió su expedición en busca de Emin-Bajá, quiso reunir á su regreso una importante caravana portadora de dichos colmillos; y nadie tampoco ignora que el mismo Emin, al volver á Africa en 1890, reunió en su reciente viaje al Victoria Nyanza una cantidad enorme de marfil y formó un convoy de mozos que llevó á la costa este cargamento, el cual pesaba 7.805 libras y representaba un valor de 125.000 pesetas.

No se saca marfil exclusivamente del Africa, pues hay cuatro distintas clases de esta materia. La primera es el marfil *de Guinea* ó *del Gabón*, que es el mismo que el de Angola; con el tiempo se pone ligeramente blanco, y es un poco verdoso, por lo cual se le llama *marfil verde*. Conócese además el marfil llamado *del Cabo*, algo amarillento mate. Luego el marfil *de la India* ó *de Siam*, sumamente escaso y muy blanco, pero blanco sonrosado. La última clase es el marfil *fósil de Siberia*, procedente de los mamuts fósiles helados que se encuentran en aquel país, y por consiguiente muy raro.

Estas son más bien designaciones ó calificativos comerciales; pero la verdad es que el mejor marfil es el de Africa, mucho mejor que el común de la India, y que los colmillos de elefante de la costa occidental del continente negro son más bonitos, menos macizos y más transparentes que los de la oriental. Afírmase también que los inteligentes pueden decir fácilmente, á la simple vista de un colmillo, en qué parte de Africa vivía el animal á quien perteneció, si en la occidental ó en la oriental, al Norte ó al Sur del Ecuador. El marfil de la parte septentrional de la región en que habita el elefante es más tosco y tiene menos valor; cuanto más elevada y seca es una comarca, menos fino es el marfil; la finura y la transparencia aumentan con el calor y la humedad.

A consecuencia de la caza constante que se da al elefante, se mata á estos animales cuando son todavía jóvenes, y hoy no se encuentran ya colmillos tan hermosos como en otro tiempo. Antes, el peso medio de un buen colmillo variaba entre 50 y 75 kilogramos, y en los relatos de viaje se habla con frecuencia de colmillos que pesaban hasta 150 kilogramos. Sin remontarnos á épocas muy lejanas, podemos citar una casa americana que vendió un colmillo de 400 kilogramos, de nueve pies y medio ingleses y de ocho pulgadas de diámetro: en el Catálogo de la Exposición de 1851 se menciona una *barra* de marfil de tres metros de largo.

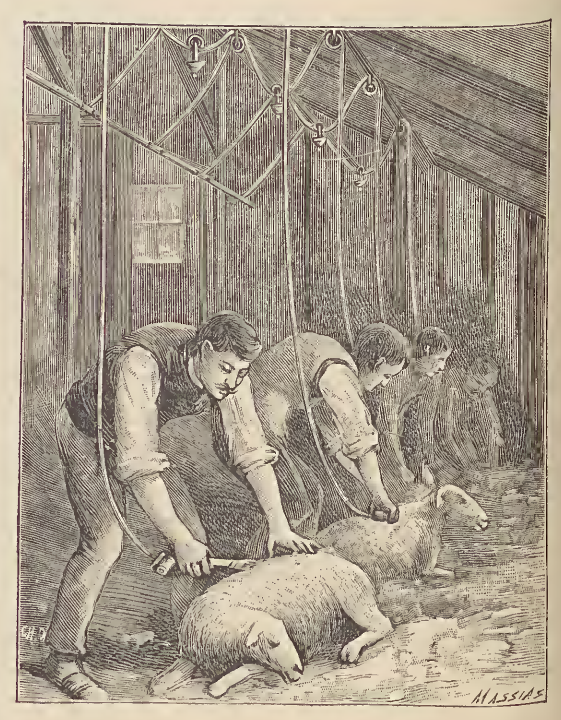
En la actualidad un colmillo que pese 35 kilogramos se considera como una pieza magnífica, y según dice M. Westendarp, que ha debido examinar un millón de colmillos en diez y seis años, no ha visto jamás uno que pesara más de 94 kilogramos.

Los colmillos procedentes de Angola pesan unos 35 kilogramos, los del Cabo y de Natal de 50 á 55; los de Coart Castle y de Lagos no pasan de 60. El precio oscila entre 1.400 y 1.700 pesetas los 100 kilogramos, pero con fuertes variaciones, puesto que en 1890 se ha vendido un colmillo de primera calidad á 1.637 pesetas los 100 kilos.

Calcúlase que de 1879 á 1883 la exportación media anual de marfil africano ha sido de 848 toneladas, 564 de la occidental, con un valor de 18 á 22 millones.

El principal mercado de marfil es Liverpool. Según una estadística que data ya de algunos años, llegan á la Gran Bretaña 650 toneladas de marfil, sólo los fabricantes de cuchillos de Sheffield consumen 200. También hay en Amberes un mercado de cierta importancia, al que llega un centenar de toneladas anuales.

La cifra de la exportación del marfil africano supone que se matan anualmente por lo menos 65.000



Esquiladora australiana de aire comprimido

elefantes, así es que van despoblándose de ellos los bosques de aquel continente. Como consecuencia de esto, se hace ya marfil artificial de varias clases: ora es marfil vegetal ó simiente de tagua del Perú, ora madera inyectada de cloruro de cal, huesos de carnero que se maceran con retales de pieles blancas, pasta de papel en gelatina, celuloide, caucho, etc. Con este objeto se utilizan también tubérculos de patatas; en fin, hoy se pretende hacer marfil tratando la *leche* con ciertos reactivos.

En estas imitaciones se ha llegado á tal perfección que burla las precauciones de los más inteligentes. De todos modos, dado el precio que alcanza el marfil, sería muy conveniente establecer granjas de cría de elefantes, cosa práctica desde todos los puntos de vista. Sabido es que en la India se conserva y aún se cría en domesticidad gran número de elefantes; tenemos además el ejemplo de los cotos de avestruces, aves de las que se sacan plumas excelentes. Pues del mismo modo, los elefantes cautivos podrían proporcionar marfil, de calidad inferior sin duda, pero en gran cantidad.

***

ESQUILADORA DE AIRE COMPRIMIDO

El esquileo mecánico de los carneros tiene gran interés industrial, sobre todo en Australia; no es por tanto de extrañar que los aparatos propios para esta operación hayan dado lugar á muchos estudios y á no pocos trabajos. De aquí que hayan aparecido sucesivamente varias clases de esquiladoras movidas por correas, cuerdas, engranajes, etc.

El aparato que vamos á describir constituye un notable perfeccionamiento de los antiguos sistemas: funciona por medio del aire comprimido. El modo

de producir y de regularizar la presión del aire que pone en acción las esquiladoras no ofrece ningún interés especial, por lo cual nos limitaremos á describir la esquiladora en sí, representada en los grabados de esta página y la anterior.

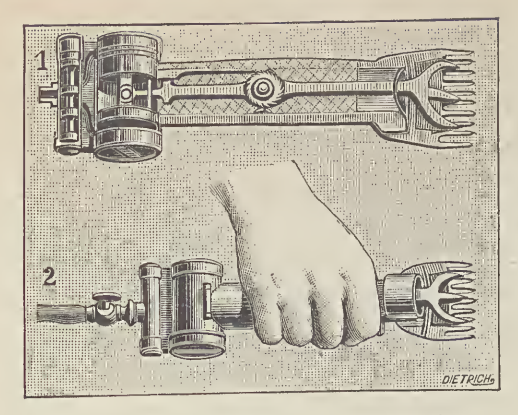
Este aparato, que figuraba en la última Exposición de Agricultura organizada en Doncaster por la Sociedad real de Agricultura de Londres, lo expuso la *Australian Shearer Company* de Sydney, y ha sido inventado por Michael Ford.

Compónese la esquiladora de un motor de aire comprimido que, por medio de una válvula que actúa como una caja de distribución de vapor, recibe un movimiento alternativo. Este doble émbolo hace funcionar una palanca cuya extremidad opuesta lleva el cuchillo de tres dientes, animado así de un rápido movimiento de ida y vuelta.

El modo de funcionar este aparato es muy parecido al de las maquinillas de cortar el cabello de que hoy se hace tan frecuente uso en muchas peluquerías.

Gracias al empleo del aire comprimido como fuerza motriz, el movimiento del aparato se efectúa con suma rapidez, y el esquilador no tiene que hacer otra cosa sino pasarlo sobre el cuerpo del animal, operación fácil á causa de la flexibilidad de los tubos que llevan el aire comprimido.

Las ventajas de esta herramienta son: menor peligro para el animal que con las tijeras comunes, poco ó ningún aprendizaje, producción de mayor cantidad de lana de mejor calidad con menos desperdicios, lana más larga y que por lo mismo adquiere mayor precio. Por último, cuando el carnero ha sido esquilado la primera vez con esta máquina, el vellón que le sale da una lana de longitud muy igual en todas las partes del animal.



Detalles de la esquiladora. – 1. Vista interior
2. Aspecto exterior

No nos incumbe hacer aquí la crítica de un sistema puesto ya á prueba y que sigue funcionando diariamente, pero séanos permitido hacer algunas reflexiones sugeridas por la aplicación que acabamos de presentar á nuestros lectores.

En el caso particular, el aire comprimido resuelve bien el problema planteado y difícilmente se concebirá una disposición más sencilla; parécenos, sin embargo, que en el estado actual de nuestros conocimientos, daríamos la preferencia á las esquiladoras movidas por la electricidad por las razones siguientes.

En primer lugar, los motores eléctricos de escasa potencia dan mejor rendimiento que los de aire comprimido y son por lo menos tan sencillos como éstos; en segundo lugar, y esta es la ventaja más importante, con el sistema eléctrico se podría también alumbrar el taller de esquileo durante las operaciones, sin canalización especial, lo que no puede hacerse con el aire comprimido; en tercer lugar, los hilos eléctricos no requieren para su instalación y dirección el lujo de precauciones indicadas en el primer grabado para evitar dobleces ó curvaturas en los tubos de aire; por último, si, como es probable, el taller está instalado en una gran ciudad, con las esquiladoras eléctricas se podría tomar la corriente de una distribución de energía eléctrica, en vez de instalar un material completo de motores y compresores.

Por todas estas razones, no desesperamos de ver figurar algún día las esquiladoras entre las innumerables aplicaciones á que tan fácilmente se presta la electricidad.

(De *La Nature*)



LOS PROHOMBRES DE MI PUEBLO, cuadro de D. Luis Graner

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XI — Barcelona 9 de mayo de 1892 — Núm. 541

MIDE TRES MIL MILLAS DE LARGO.—ALUDIMOS al gran río Mississippí en la América. Por centenares de millas de su curso sus aguas están amarillas, á causa de la tierra que la corriente rápida ha arrastrado de sus orillas. Probablemente tiene siempre en movimiento el Mississippí tierra bastante, de la que podría producirse más de una rica hacienda, por más que la cantidad sea por supuesto mayor en épocas de inundaciones. Así es que para beberse, y aún para emplearse para lavar, las aguas del Mississippí deben antes purificarse.

Lo mismo sucede con toda otra cosa que ya por apariencia ó utilidad es apartada de su índole. Por ejemplo, la sangre de nuestro cuerpo es como un río. Desde el corazón hasta las extremidades es de color vivo rojo, pero á su regreso por las venas es obscura y pesada. La razón de esto es que cuando sale del corazón acaba de ser purificada y cuando vuelve está cargada de toda clase de materias de desecho que ha recogido durante su viaje. En otras palabras, la sangre, que es solamente alimento digerido completamente, lleva la vida en su corriente roja y trae la enfermedad y muerte en la obscura.

Hablando de su propia condición hace unos seis años, cierta señora escribe que su piel se puso gradualmente amarilla y luego de color de azafrán. Juntamente con esto experimentaba varios síntomas de enfermedad. Se sentía más ó menos dolor en los costados y dificultad considerable en respirar. Su apetito, antes bueno, empezó á faltarle, y después de comer relativamente poco, la región del estómago se encontraba muy afectada. Había una correspondiente pérdida de energía tanto de la mente como del cuerpo, y se sentía cansada, lánguida y endeble.

Ahora bien: debemos observar que en caso de fatiga natural ocasionada por el trabajo ú otro esfuerzo, el reposo es un remedio que no falla. El sueño y el descanso renuevan nuestras fuerzas, pero hay una clase de fatiga que el descanso no alivia, y para la cual el Angel del sueño no trae cura en sus alas. ¿Qué vil artimaña es esta?

Añade dicha señora lo siguiente:

«Guardé cama finalmente y me visitó un médico, el cual dijo que mi hígado estaba afectado y que yo tenía la ictericia. Me dió medicinas, pero no teniendo éstas ningún buen éxito, me aconsejó fuese al hospital. Como yo me opusiera á esto, dijo que podría probar un cambio de aire y ver lo que este cambio hacía. En vista de esto abandoné mi colocación, y me fuí á mi casa en Fairford en Gloucestershire.

»No hallando mejora alguna con este cambio, consulté otro médico, el cual me asistió algún tiempo, pero mi salud no mejoraba. A pesar de todo lo que hice, no me era posible recuperar mis fuerzas, y mi familia creyó me encontraba en estado de decadencia.

»Lo que comía no hubiera podido alimentar á un pájaro, y empecé á desesperar de recuperar jamás mi salud. Luchando entre el sufrimiento, el temor y la esperanza, llevé esta existencia hasta julio de 1890, cuando una conocida me recomendó probase el *Jarabe de la Madre Seigel*. En efecto, quedé impresionada de tal modo de lo que se decía con respecto á esta medicina que mandé á mi sobrina á una distancia de cuatro millas para que me comprase una botella. Después de consumir el contenido, me sentí mejor. Parecía que un peso se me había quitado de sobre el pecho, mi paladar para alimentos volvió, y gradualmente me encontré en todos conceptos más fuerte. Terminaré diciendo que después de haber agotado dos botellas más del Jarabe pude volver á Bírmingham completamente curada, y desde entonces no he tenido indicios de mi dolencia. Es sólo justo que mencione que hoy me encuentro mejor que lo he estado durante muchos años, y si hubiese conocido antes el *Jarabe de la Madre Seigel* hubiera podido evitarme un buen por qué de sufrimientos y miseria que me entristece el recordar.»

La señora á que nos referimos es la señorita D.ª Sarah Hawkes del «Lion Inn.» Longmore Street. Bírmingham, Inglaterra.

Ese color amarillo ó de azafrán de la sangre fué motivado por la falta del hígado en secretar ó retirar la bilis de la sangre. Habiendo permanecido ésta en la sangre, fué conducida á todas partes del cuerpo, y necesariamente se dejaba ver, á través de la piel, el matiz pálido que menciona.

Sírvanse comprender que la bilis, útil para ayudar y mover los intestinos, es un veneno cuando se encuentra en la sangre. Toda enfermedad biliosa en todas sus formas es un síntoma de indigestión y dispepsia, el origen de la mayoría de nuestros dolores y enfermedades.

No es nada nuevo decir que el buen éxito del *Jarabe de la Madre Seigel* en reanimar la digestión adormecida, estimular el hígado y purificar así la sangre, le da preferencia sobre toda otra medicina como esa de toda confianza cuando el empleo de las drogas ordinarias no ha dado resultado satisfactorio.

La sangre encierra en sí el secreto de la vida, y este remedio conserva ese río color de rubí, claro y limpio.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, n.º 155, calle de Caspe, Barcelona, estos señores tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 rs.

MONTANER Y SIMON, EDITORES.—BARCELONA

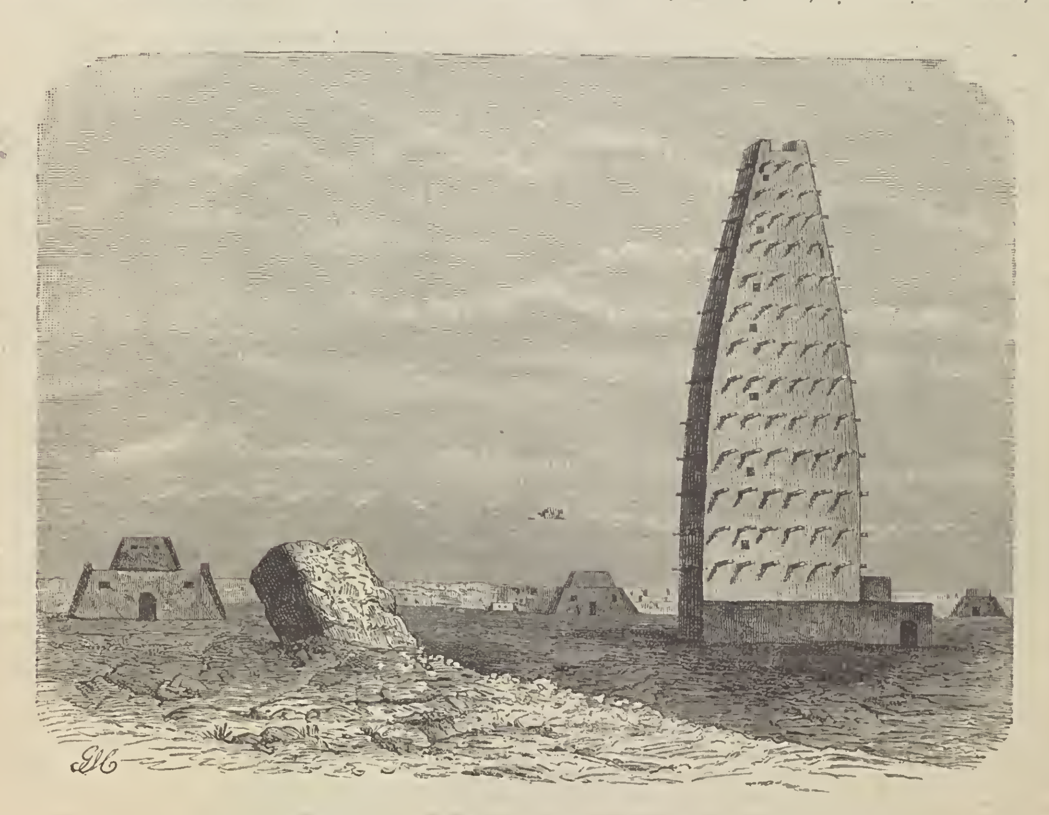
DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

HISPANO-AMERICANO

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ARCIMIS, AUGUSTO (*Astronomía, Meteorología, Cronología*). — ASENJO BARBIERI, FRANCISCO (*Instrumentos de música populares en España*). — AZCÁRATE, GUMERSINDO (*Sociología Política*). — BARTOLOMÉ COSSÍO, MANUEL (*Artes industriales españolas*). — BELTRÁN Y RÓZPIDE, RICARDO (*Geografía, Historia, Arte militar*). — CASTELLANOS, BASILIO SEBASTIÁN (*Fiestas, costumbres y usos españoles*). — CASTROBEZA, CARLOS (*Numismática*). — CLAIRAC Y SAENZ, PELAYO (*Ingeniería, Geodesia*). — CUENCA, CARLOS LUIS (*Derecho penal, Enjuiciamiento criminal, Justicia militar*). — DANVILA JALDERO, AUGUSTO (*Monumentos arquitectónicos españoles*). — ECHEGARAY, EDUARDO (*Ciencias exactas, Mecánica, Arquitectura y Maquinaria navales*). — ECHEGARAY, JOSÉ (*Magnetismo, Electricidad*). — ESPEJO Y DEL ROSAL, RAFAEL (*Veterinaria*). — FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, FRANCISCO (*Cultura oriental, con inclusión de la antigua egipcia y de la de hebreos y árabes, africanos y españoles*). — GARCÍA, PEDRO DE ALCÁNTARA (*Pedagogía*). — GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO (*Estética*). — GONZÁLEZ SERRANO, URBANO (*Filosofía*). — LA FUENTE, VICENTE DE (*Teología, Derecho canónico, Disciplina eclesiástica, Liturgia, Historia de la Iglesia*). — LETAMENDI, JOSÉ DE (*Principios de Medicina*). — MADRAZO, PEDRO DE (*Pintura, Escultura, Grabado*). — MÉLIDA, JOSÉ RAMÓN (*Mitología, Arqueología oriental y clásica, Indumentaria, Panoplia, Heráldica, Artes industriales extranjeras de las edades media y moderna*). — MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO (*Obras maestras de la literatura española*). — MÍNGUEZ, BERNARDINO MARTÍN (*Epigrafía griega y latina*). — MUÑOZ Y RIVERO, JESÚS (*Paleografía, Archivos, Bibliotecas*). — OJEA, TELESFORO (*Derecho civil, mercantil, administrativo é internacional, Enjuiciamiento civil*). — PAGÉS DE PUIG, ANICETO DE (*Autoridades de la lengua española desde su formación hasta nuestros días*). — PEDREGAL, MANUEL (*Principios de la ciencia económica*). — PI MARGALL, FRANCISCO (*Filosofía del Derecho*). — PIERNAS Y HURTADO, MANUEL (*Economía política, Hacienda pública, Estadística*). — PIRALA, ANTONIO (*Historia de España desde la muerte de Fernando VII hasta nuestros días*). — RIAÑO, JUAN FACUNDO (*Cerámica y vidriería españolas*). — RÍOS, RODRIGO AMADOR DE LOS (*Epigrafía arábiga, Arqueología hispano-mahometana*). — RODRÍGUEZ CHAVES, ANGEL (*Biografía extranjera*). — SAAVEDRA, EDUARDO (*Arquitectura*). — SÁNCHEZ DE CASTRO, FRANCISCO (*Literatura preceptiva y española*). — SÁNCHEZ PÉREZ, ANTONIO (*Biografía española, Biografía contemporánea de españoles y extranjeros*). — SBARBI, JOSÉ MARÍA (*Lexicografía, Gramática, Música*). — VERA Y LÓPEZ, JAIME (*Ciencias médicas*). — VERA Y LÓPEZ, VICENTE (*Ciencias físicas y naturales*). — VIGNAU, VICENTE (*Filología, Lingüística*). — VILANOVA Y PIERA, JUAN (*Prehistoria*).



TORRE DE LA MEZQUITA DE AGHADES (AFRICA)

EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc.

Está en prensa el tomo X de esta publicación, y se suscribe en todas las librerías de España y América, corresponsales de la casa editora, establecida en Barcelona, calle de Aragón, núms. 309 y 311

OBRAS ILUSTRADAS POR GUSTAVO DORÉ

ESPLÉNDIDAS EDICIONES EN TAMAÑO GRAN FOLIO AL PRECIO VERDADERAMENTE FABULOSO DE **MEDIO REAL** LA ENTREGA

LA SAGRADA BIBLIA

traducida de la Vulgata latina al español por D. Félix Torres Amat, dignidad de sacrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, obispo de Astorga, etc., etc., y corregida por el Rdo. padre **D. Ramón Boldú**

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

LA DIVINA COMEDIA, POR DANTE ALIGHIERI — EL PARAISO PERDIDO, POR JOHN MILTON

La traducción y anotación de tan importantes obras se debe al reputado académico D. Cayetano Rosell, conteniendo además un prólogo biográfico-crítico escrito por **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**

HISTORIA DE LAS CRUZADAS, por **M. Michaud** — FABULAS DE LAFONTAINE, traducidas por **D. Teodoro Llorente**

Agotada la edición de las expresadas obras, hemos emprendido una nueva tirada de las mismas, bajo las siguientes condiciones de suscripción:

Ante todo hemos de hacer presente á nuestros favorecedores que la nueva edición de las obras que anunciamos es tan completa como lo fué la precedente de cada una, así en texto como en ilustraciones.

Cada entrega se compondrá de cuatro páginas gran folio, tipos nuevos y elegantes, papel glaseado y esmeradísima impresión; ó bien lo constituirá una gran lámina alegórica al texto, impresa en papel doble marquilla con la perfección y limpieza propias de nuestros talleres, verificándose los repartos de las entregas sin interrupción.

Las páginas del texto bíblico serán ilustradas con las celebradas viñetas de *Giacomelli*, por cuyo motivo su tamaño será un centímetro más alto que el de las restantes obras de la colección.

El precio de cada entrega será de MEDIO REAL.

Se suscribe en casa de nuestros corresponsales, ó bien dirigiéndose á esta administración, establecida en la calle de Aragón, 309 y 311 (Ensanche).

Toda reclamación, sea de la índole que fuere, por parte de los señores suscriptores y corresponsales, deberá hacerse directamente á esta casa editorial, que tiene su domicilio en Barcelona.

HISTORIA GENERAL

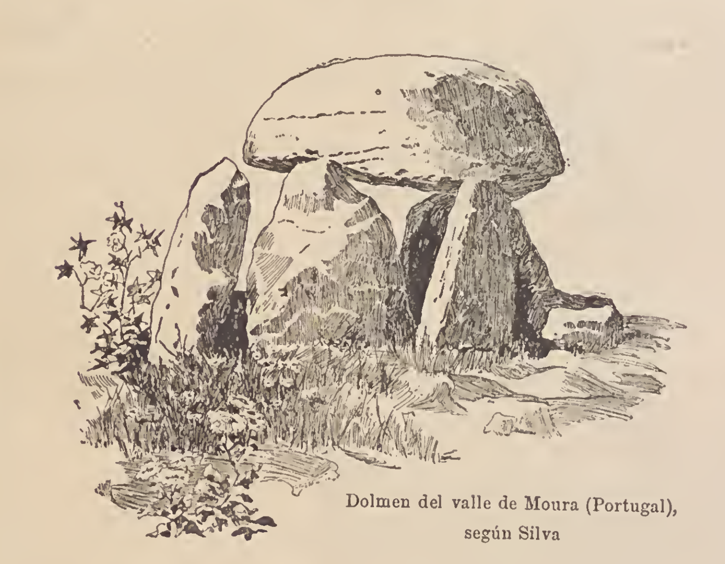
DEL ARTE

ESCRITA POR AUTORES DE RECONOCIDA COMPETENCIA

é ilustrada

EN VISTA DE LOS MONUMENTOS DE TODAS CLASES Y DE TODAS LAS ÉPOCAS
ASÍ COMO DE LAS OBRAS DE ARTE DE LOS MÁS FAMOSOS AUTORES

Arquitectura. – Pintura. – Escultura. – Mobiliario. – Cerámica. – Metalistería. – Glíptica. Indumentaria. – Tejidos



Dolmen del valle de Moura (Portugal), según Silva

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración, consistente en extraordinario número de grabados intercalados en el texto, á la vez que en bellísimas cromolitografías, unos y otras notables no tan sólo por la rigurosa autenticidad de los objetos que representan, sino también por su cuidadosa ejecución.

Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

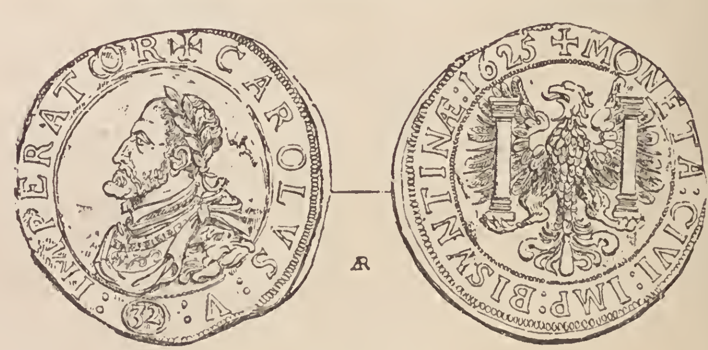
por

DON MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DIAS POR

DON JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE DON ANDRÉS BORREGO Y DON ANTONIO PIRALA



MONEDA DE CARLOS I DE ESPAÑA

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La HISTORIA DE ESPAÑA por D. Modesto Lafuente, que comprende desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, consta de 19 tomos, y su CONTINUACIÓN hasta la muerte de Alfonso XII, de 6 tomos, unos y otros de 350 á 400 páginas de extensión. Su ilustración contiene unas 88 magníficas cromolitografías que reproducen objetos artísticos, códices, autógrafos, armas, buques, etc., etc., preciosos y exactos mapas; numerosos grabados intercalados, copias de monumentos, retratos auténticos de monarcas españoles, colección selecta de monedas de todas épocas; en una palabra, cuanto hemos creído interesante para la mejor inteligencia del texto, al cual se unen no de una manera acompasada y sin motivo, antes bien teniendo en cuenta la utilidad de su aplicación y las épocas, sucesos y objetos más dignos de ser ilustrados.

Convencidos de que un libro tan interesante por sus condiciones literarias y artísticas debía conservarse en buen estado por mucho tiempo y ser apreciado hasta por su aspecto exterior, hemos combinado una encuadernación tan sólida como elegante: su corte dorado, su lomo de piel, sus cantos recubiertos de pergamino, á fin de evitar los estragos del roce continuo, dan á los tomos lujoso aspecto y positivas condiciones de duración.

Se vende la obra que comprende 25 tomos á VEINTE REALES UNO EN TODA ESPAÑA.

PROPAGANDA EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Se admiten anuncios á este periódico ilustrado, el de más circulación en España y repúblicas americanas.

Numerosísima suscrición en la Isla de Cuba, Filipinas, México, Buenos Aires, Montevideo, Santiago de Chile, Valparaíso, Lima, Guatemala, San Salvador, Caracas (Venezuela), Costa Rica, etc. etc.

Las industrias españolas, propietarios de Hoteles, autores de específicos varios y cuantos deseen propagar sus artículos, no pueden hallar publicidad más ventajosa ni más activa para darles popularidad.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN